LA VENECIANA



Al saladísimo actor y gran amigo [illegible] [illegible] con un fuerte abrazo

José [illegible]

LA VENECIANA

La Veneciana

COMEDIA LIRICA EN TRES ACTOS Y CUATRO CUADROS, ORIGINAL DE

Antonio Paso (hijo)

MUSICA DEL MAESTRO

José Forns

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO MARAVILLAS de Madrid, el 7 de octubre de 1925.



MADRID
«GRAFICA MADRID», DOÑA URRACA, 17
1925

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DORA	Sra. Zúffoli.
ROSINA	Srta. Puchol.
BARBARA	Sra. García.
LUCIA	Srta. Olmedo.
GENOVEVA	» Navarro (A).
COCOTTE 1.ª	» Olmedo.
IDEM 2.ª	» Molina.
IDEM 3.ª	» Sara.
MUCHACHA 1.ª	» Olmedo
IDEM 2.ª	» Molina.
IDEM 3.ª	» Sara.
INVITADA 1.ª	» Navarro (A)
IDEM 2.ª	» Gómez.
MARIO	Sr. Murcia.
CONDE DE GANDULLI	» Videgain.
PAOLO	» Blanca.
JORGE	» Pineda.
CARLOS	» Viñegla.
POLLO 1.º	» Pineda.
POLLO 2.º	» Viñegla.
UN MOZO	» Sara.
CRIADO	» López.
INVITADO 1.º	» Piquer.
IDEM 2.º	» López.
IDEM 3.º	» Pineda.
SUETONIO	» Sara.
VIEJO 1.º	» Clavo.
IDEM 2.º	» Marín.

Invitados, cocottes, tanguistas y coro general.—La acción en Venecia.—Epoca actual

A la memoria de mi madre

Antonio

Nuestra admiración y agradecimiento a la genial artista EUGENIA ZUFFOLI *por su inimitable creación en la protagonista de esta obra. Nuestra sincera amistad a* PEPE BÓDALO *que con tanto cariño acogió la comedia y con tanto esmero y fino gusto la puso en escena.*

Ambos saben la gran estimación en que les tenemás y por eso nos complace testimoniarlo una vez mas en la edicion de una obra a la que ellos dieron vida.

Antonio Paso (hijo)

José Forns



ACTO PRIMERO

Al poco de comenzar el preludio, y donde indique la partitura, se levanta el telón, apareciendo un telón corto que representa una poética vista de Venecia, con el Gran Canal en primer término, en una clara noche de luna. Dentro canta la tiple la siguiente canción:

DORA

Una princesa encantadora,
bella y gentil como una flor,
en una noche seductora
citó en su parque a un trovador.
En vano espera la princesa
loca de amor a su doncel;
pasan las horas y no cesa
de suspirar pensando en él.
Y espera ansiosa al trovador,
y así es su canto de dolor:
Ven, que mi querer,
para ti ha de ser
la loca ilusión de amar.
Ven, mi trovador,
ven ya sin tardar,
que loca de amor
lloro sin cesar.

(*Al terminar la canción se hace el obscuro se levanta el telón y aparece el estudio de Mario San Esteban, en Venecia. Gran ventanal de cristales a la izquierda, que da sobre el Gran Canal veneciano.*)

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, MARIO, pintor español, joven y apuesto, ante un caballete que sostiene un lienzo, acaba de dar los últimos toques a un cuadro. ROSINA, modelo, posa a un lado de la escena. A lo lejos óyense cantos de los gondoleros que cruzan el Canal. Es de día.

MUSICA

TENOR (*Dentro.*)
Gondolero, gondolero,
que cantando vas tus penas,
mientras a tu barquichuelo
mecen las aguas serenas.
Gondolero, no te olvides
que detrás de una ventana
te siguen los ojos bellos
de una hermosa veneciana.

CORO (*Femenino, interno.*)
Tra lará,
tra lará.

TENOR Canta, gondolero.

CORO Tra lará,
tra lará.

TENOR Canta, que te quiero.
Tra lará,
tra lará.

TENOR Canta tus amores.

CORO Tra lará,
tra lará.

TENOR Canta tus dolores.

MARIO Estoy encantado
de mi labor
y es casi seguro
el premio de honor;
toda tu belleza
con ardor pinté

y a este pobre lienzo
tu cuerpo llevé.

ROS. De vuestro triunfo estoy segura,
pues si mi cuerpo habéis pintado,
como mi cuerpo es de escultura,
el premio habréis ganado.

MARIO ¡Oh, el premio! ¡Oh, el premio!
Si yo alcanzara el premio,
para poder buscar
la realidad de un sueño
que en vano quiero hallar,
mi triunfo de artista,
mi vida y mi honor,
todo lo postrara
sólo ante su amor.

ROS. ¡Ay, Mario, qué locura!
¿A quién queréis buscar?

MARIO A un angel que una noche
sobre las aguas oí cantar.

TENOR (*Dentro.*)
Gondolero, gondolero, etc.

HABLADO

MARIO ¡Eso es! ¡Magnífico! ¿A ver? Dibuja ahora la sonrisa. (*Rosina sonrie.*) ¡Ya está! ¡Ah, qué triunfo, qué triunfo!... Lindísima Rosina, tengo tal confianza en mi cuadro, que no dudo ni un instante en ganar la primera medalla en la Exposición de Madrid.

ROS. ¿Tan seguro estáis?

MARIO Segurísimo. Mira, acércate y dime que le falta a este retrato.

ROS. (*Acercandose y mirando.*) ¡Precioso... precioso!... No le falta más que hablar.

MARIO ¡Dios te oiga, Rosina, Dios te oiga! Tú no puedes figurarte lo que supone para mí este triunfo en mi patria; lejos de ella pinté el

cuadro y, sin embargo, mi pensamiento estaba allí.

ROS. ¡Mucho debéis querer a vuestra patria!

MARIO Cinco años hace que falto de ella y, sin embargo, su recuerdo vive constantemente en mí. Cuando dejé a España para perfeccionarme en la pintura y vine a Italia, yo era un joven lleno de ilusiones y de esperanzas. Ya he llegado al final; mi cuadro está acabado y pronto a mandarlo a la Exposición de Madrid; sólo uda duda me resta: ¿venceré?

ROS, Venceréis, Mario, y venceréis porque al fin y al cabo, la gloria es una mujer que coquetea con su elegido para hacerle sufrir y caer después en sus brazos.

MARIO Puede que tengas razón, Rosina, pero aun dudo.

ROS. Vamos, mi admirado pintor, fuera dudas y a poner esa cara un poquito más alegre, que no parece sino que en lugar de acabar un cuadro habéis terminado una misa de *requiem*. (*Rie.*)

MARIO Es cierto, Rosina; hoy debo estar más contento que nunca.

ROS. Vamos, confesad que si no hubiera sido por el modelo no habríais llevado al lienzo una cara tan bonita como la que habéis llevado y tan alegre; sobre todo alegre, eso sí; a mi podrá faltarme cualquier cosa; pero lo que es alegría... ya puede ponerse por las nubes, porque yo la compro a cualquier precio. (*Rie.*)

MARIO Tú siempre con ganas de reír; eres una flor cuyo pétalo es una sonrisa.

ROS. Vaya, también es poeta mi señor pintor.

MARIO También; sólo que cuando quiero ser poeta me vuelvo un poquito cursi.

ESCENA II

Dichos y PAOLO PAOLLI

PAOLO (*Es un tipo extravagante, joven, vestido exageradamente a la última moda. Usa monoclo y sus ademanes son producto de un detenido estudio. Entra rápidamente, y sin saludar, se dirige al cuadro y lanza una serie de exclamaciones.*) ¡Ah! !Oh! ¡Eh! ¡Uh! ¡Maravilloso! ¡Asombroso! ¡Delicioso! ¡Deslumbrante! ¡Atontolinante! ¡Epatante! (*A Mario.*) ¡Quítate de delante! La línea del busto es de mano maestra; el óvalo de la cara es velazqueño y esa mano... ¡Oh, esa mano es del Greco!

ROS. No señor, que es mía.

MARIO Hombre, no tanto.

PAOLO ¿Cómo que no? El sombreado de los ojos es puramente de Tiziano. ¿Y el cuello? El cuello de Goya.

MARIO Veo querido Paolo que tu gran amistad te hace ver las cosas agrandadas.

PAOLO No lo creas, Mario; el retrato es una verdadera obra de arte. Claro es... que con la modelito que te ha tocado en suerte, no digo yo una obra de arte, una de las siete maravillas del mundo podías haber pintado y me quedo corto.

ROS. (*Con coquetería.*) ¿De verdad?

PAOLO ¡Ay, Rosina, Rosina! No me mire usted de ese modo que siento una sacudida eléctrica por todo el cuerpo y como me toque usted el contacto, va a haber un corto circuito y nos vamos a quedar a obscuras.

MARIO Bueno, pues quítate el flexible y deja en paz a la muchacha.

PAOLO No puedo, Mario, no puedo. Tu modelo me

tiene completamente loco; no como, no vivo, no duermo, no sosiego; ella ocupa todo mi pensamiento.

ROS. Me permitirá usted que lo no crea.

PAOLO ¡Oh, sí! encantadora Rosina, la veo en todas partes; voy a comer y sí la veo, voy a hablar y sí la veo, voy a...

MARIO Vas a callarte.

ROS. Déjele usted que hable. Hace más de dos meses que viene diciendome lo mismo: la amo a usted, Rosina. Sólo usted ocupa mi pensamiento; la veo a usted en todas partes... ¡Ja, ja, ja, ja!... Es mucha visión, señor Paolo. Además, ¿cómo quiere usted que yo le crea, teniendo como tiene usted en Venecia esa fama de conquistador?

MARIO Es verdad, es verdad; ahora has puesto el dedo en la llaga.

PAOLO Te diré, te diré; no es precisamente el que yo busque a las mujeres, sino todo lo contrario.

MARIO ¿Te buscan ellas a tí?

PAOLO Se dan, se dan casos...

ROS. Miren el presumido.

PAOLO No hay nada de eso, encantadora Rosina; además que usted sabe de sobra que ninguna me interesa.

ROS. ¿Ninguna?

PAOLO Miento. Tan sólo una linda veneciana, modelo del pintor español Mario San Esteban. *(Se acerca a ella.)*

ROS. *(Con muchísima coquetería.)* ¡Ja... ja... ja... ¿De veras?

PAOLO ¡Ay, Rosina! Por una mirada un mundo, por una sonrisa un cielo y no sé lo que daría por tener una modelo.

ROS. *(Cada vez más coqueta.)* ¡Ja... ja...!

PAOLO *(Acercándose más.)* No se ría usted. ¡No se

ría usted, que voy a olvidar que me cobija el techo de un amigo, y...

MARIO ¡Eh... eh...! Paolo, basta... que aun no he hecho de señorita de compañía en esta vida.

PAOLO Chico, perdona, pero es que cada vez que abre la boca me volvería microbio.

ROS. ¿Y por qué microbio?

PAOLO Por tener el gusto de formar una pequeñísima parte del aire que usted respira e introducirme en su interior. Porque usted debe tener un interior con calefacción y cuarto de baño.

MARIO Mira, no desvaries y ten un microbio de formalidad, que yo voy a adecentarme un poco. Dentro de un momento estarán aquí todos mis compañeros y no voy a recibirles con este porte. Ahí te quedas y... sé formalito ¿eh?...

PAOLO Descuida, hombre, descuida; vete tranquilo.

MARIO Vuelvo al instante. (*Mutis.*)

ESCENA III

ROSINA y PAOLO

PAOLO (*Se queda un instante extasiado miránaola, mas de pronto se acerca como una flecha y la dice:*) ¡Rosina!

ROS. ¡Ay!... ¡Me ha asustado usted!

PAOLO Gentil Rosina, bella Rosina, sin par Rosina.

ROS. ¿Qué hay?

PAOLO Hay... ¡Ay, Rosina! Yo tenía hace tiempo un vacío en el corazón y ese vacío hace dos meses y diecisiete días que lo ha llenado usted. Mejor dicho, lo ha colmado, lo ha rebasado y me ha matado.

ROS. Pues no me había fijado.

PAOLO Ponga usted la mano aquí. (*Señala el corazón.*) y verá lo que dice.

ROS. ¿A ver?... Yo no le entiendo nada.

PAOLO Pues dice... Ro-si-na, Ro-si-na... Ro-si-na.

ROS. (*Extrañada cómicamente.*) Cualquiera lo diría.

PAOLO No se burle usted y perciba; cada tres latidos pronuncia su nombre. Primer latido, Ro; luego se detiene un poco en el sí, y después, na.

ROS. ¡Ja, ja... ¡Tiene gracia!

PAOLO Rosina, por lo que más quiera, escúcheme usted.

MUSICA

PAOLO Señorita, señorita, señorita.

ROS. Me empalaga su persecución.

PAOLO Es usted la veneciana más bonita
que logró flechar mi corazón.

ROS. Caballero, caballero, caballero,
es inútil que pretenda usted insistir.

PAOLO Yo la quiero, señorita, yo la quiero.

ROS. Tal asedio yo no puedo permitir.

PAOLO Si es que desdeña usted mi amor
Voy a morirme de dolor.

ROS. Con sus frases amorosas no exagere,
que de cariño nadie se muere.

PAOLO Se burla usted de mi pasión
y me destroza el corazón.

ROS. Yo creí que el corazón que usted tenía
de tanto usarlo se gastó.

PAOLO Cuanto la digo juro que es verdad.

ROS. Nada me fío de su seriedad.

PAOLO Acabará usted por amarme.

ROS. No ha de lograr usted engañarme.

PAOLO Linda Rosina, no me hagáis sufrir.

ROS. Calle, Paolo, no le quiero oír.

PAOLO Inútil es querer disimular,

pues la he dé convencer
y al fin la habré de ver
ante mi amor caer.
Es usted más bella que una flor.

ROS. Sus palabras cáusanme rubor.

PAOLO En usted tan sólo cifro mi ideal.

ROS. Para amarme ha de volverse muy formal;
sólo así tal vez mi amor conseguiría.

PAOLO Por tu amor yo moriría, vida mía,
por tu amor.

HABLADO

ESCENA IV

DICHOS y MARIO

MARIO (*Que sale ya completamenta arreglado y sorprende el duetto de amor.*) Muy bonito, muy bonito. De modo que te digo que tengas un poco de formalidad y te encuentro en una empeñada persecución amorosa de mi modelo.

PAOLO Mario, Mario, es que el corazón no tiene masa gris; el corazón no piensa.

MARIO Aprende de mí. Las mujeres más bellas de Venecia han desfilado por mi estudio, y, sin embargo, aquí me tienes: inalterable, frio.

PAOLO Ilustre artista: además de ser muy poco galante para con las damas, eres un embustero.

MARIO ¿Por qué dices eso?

PAOLO Porque tu corazón no está tan frio como pretendes demostrarnos. Tú, lo mismo que todos los descendientes de nuestro desgranado padre Adán, tienes tu cachito de Eva que te ha trastornado el poco o mucho juicio que tengas.

MARIO ¿Yo?

PAOLO Tú, sí.

ROS. Vamos, que ahora van a descubrirse todos los secretitos.

PAOLO Con la diferencia de que mientras yo estoy enamorado como un cipayo de una mujer de carne y hueso, mejor dicho, de mucha carne y poco hueso, tú llevas el romanticismo hasta el extremo de estar enamorado de una voz.

ROS. ¿De una voz?

PAOLO Sí; de una canción melancólica que oyó una noche primaveral en el Gran Canal de Venecia.

ROS. Hola, hola, mi señor pintor; ¿con que esas tenemos?

PAOLO Ahora fíese usted de los hombres inalterables.

MARIO Es cierto. Aquella voz me impresionó de tal modo que su recuerdo vivirá en mí constantemente.

PAOLO Lo ves, querido puritano. Tú no eres precisamente el que podría tirar la primera piedra, porque estabas expuesto a darte en la cabeza.

MARIO Y si yo te dijese que mi triunfo de artista tan solo lo empaña la tristeza de abandonar este país donde escuché aquella voz divina...

ROS. Vamos, vamos; fuera romanticismos y a pensar en un amor más real... digo, y que ahora cuando triunfe tendrá mil ocasiones.

PAOLO Quien estuviera en su caso para poder rendir esa fortaleza.

ROS. Vaya, ¿volvemos a las mismas?

PAOLO Es que teniéndola a usted delante no desperdicio ocasión de disparar mis baterías a ver si consigo apagarla a usted los fuegos.

ROS. En ese caso una retirada honrosa se impo-

ne. Con su permiso voy a vestirme; los amigos de Mario están para llegar de un momento a otro. Hasta luego. (*Mutis.*)

ESCENA V

MARIO y PAOLO

PAOLO (*Que se queda mirando embelesado a donde hizo mutis Rosina.*) ¡Maravillosa! ¡Escultural! Es el cisne que nada en el estanque azulino; es la gaviota que mece su arrogancia en el palo de un buque; es...

MARIO Es modelo, Paolo.

PAOLO Justo, es modelo... modelo de formas.

MARIO ¡Ay, Paolo, mi querido Paolo, qué mal te veo!

PAOLO ¿A mí?

MARIO El gallardo calavera ha caido en las redes de una vulgar modelo.

PAOLO ¡Caramba, no tan vulgar!

MARIO ¿Qué? ¿Vas a abonar en su favor que es una mujer extraordinaria?

PAOLO Yo no abono nada y por lo mismo que no hay abono creo que debe ser extraordinaria.

MARIO ¡Qué loco estás!

PAOLO No lo creas. Esto que tú ves en mí como una pasión avasalladora no es ni más ni menos que una aventura más que añadir a mi larga lista de afortunado galanteador.

MARIO Veo que eres un párvulo, Paolo.

PAOLO ¿Un párvulo? Despierta de tu pesadilla, pintorcete y abre bien los ojos. Mientras que tú vives enamorado hace dos meses de una canción veneciana, tu amigo Paolo Paolli te presenta esta serie de realidades (*Saca un retrato.*) ¿Conoces a la adjunta dama?

MARIO No.

PAOLO Paoleta, la que fué amante del barón de Pegui.

MARIO ¿Y por qué acabó con él?

PAOLO Porque la engañó; la dijo que era barón y...

MARIO ¿No lo era?

PAOLO Sí, de Pegui, ya te lo he dicho. Bueno, pues ésta está por mí que la dan vascas. Fíjate, fíjate en la dedicatoria: «A Paolo Paolli, Paoleta.» ¿Eh? ¿Qué tal?

MARIO Chico, eso es una codorniz.

PAOLO ¿Codorniz, eh? Número dos. *(Saca otro retrato.)* La célebre tiple de ópera Nina Scarlatini.

MARIO Muy mona.

PAOLO Con esta mujer estuve dos meses. Pero chico, era una mujer tan celosa, que me mareaba.

MARIO ¿De veras?

PAOLO A fuerza de celos y más celos, empecé a adelgazar, y no sabes lo malo que me puse los dos meses que me duró la Scarlatini.

MARIO Eres un verdadero Don Juan.

PAOLO Se hace lo que se puede, y algo más de lo que se puede. Tú, en cambio, desde que viniste pensionado a Italia, no has encontrado ni la más leve aventurilla. Tu cuadro te ha absorbido por completo.

MARIO Tienes razón; sólo a él he dedicado todos mis afanes, todos mis desvelos, y aun hoy, que ya lo veo acabado, cuando el momento del triunfo se aproxima, tengo miedo, Paolo, tengo miedo.

PAOLO ¿Miedo a qué?

MARIO A que en la Exposición de Madrid no guste el cuadro.

PAOLO Pero tú estás loco, Mario. ¿Qué no va a gustar esta maravilla? Pero si es un prodigio, un monumento, un...

MARIO Pronto saldremos de dudas. Ya no tardarán en llegar todos mis amigos y camaradas, a los que he invitado para darles a conocer mi obra antes de mandarla a España, y ellos me dirán si acerté o no.

PAOLO Acertaste, Mario, acertaste, no te quepa duda. (*Dentro se oyen murmullos y algazara.*) ¿Qué es eso?

MARIO (*Con alegría.*) ¡Mis amigos! ¡Ya están ahí!

ESCENA VI

Dichos, ROSINA que sale por donde entró, ya vestida de calle, y coro general.

MUSICA

TODOS
A saludar a Mario, el gran pintor,
venimos los artistas en tropel,
queremos admirar en su labor
el arte de su mágico pincel.
Premiados tus esfuerzos has de ver,
con tan hermoso cuadro vencerás,
el triunfo de seguro has de obtener,
y fama y gloria pronto adquirirás.

MARIO
Mil gracias, amigos,
más vuestra amistad
os lo hace más bello,
que es en realidad.
Yo, pobre artista,
tan sólo intenté
llevar al lienzo
la bella imagen de una mujer.
En busca de emociones, el alma mía,
a Italia vine, ansioso de ver su cielo,
y en esta tierra hermosa, mi fantasía,
por nuevos horizontes tendió su vuelo.
Venecia, de leyendas y madrigales,
Venecia, de poetas y de cantores,

las aguas cristalinas de tus canales,
entonan susurrando trovas de amores.
País divino,
país de ensueño,
tú eres mi encanto,
tú eres mi amor.
Venecia, cuna de amor,
hermosa tierra, ideal,
abierta, como una flor,
sobre las aguas del gran Canal.
País de ensueño y de placer,
país que invitas a amar,
divino como mujer,
que nunca podré olvidar.

TODOS Venecia, cuna de amor, etc.

HABLADO

JORG. ¡Magnífico chico! Has acertado rotundamente.

MARIO Gracias, muchas gracias, Jorge.

CAR. Es un portento de color y de vida.

ROSI. (*A las amigas.*) ¿Verdad que estoy hablando?

GENO. ¡Chica, es una maravilla!

LUC. No te falta detalle.

PAOLO ¿Lo ves, miedoso? Si no podía fallar.

MARIO Gracias, mil gracias a todos. Me devolvéis la tranquilidad, amigos míos, y puesto que vosotros tenéis tal confianza en el triunfo, preciso será festejarlo con unas cuantas botellas.

PAOLO ¡Viva Mario San Esteban!

TODOS ¡Viva! (*Gran alegría.*)

PAOLO ¡Viva Rosina, la modelo de tan hermosa obra!

TODOS ¡Viva!

MARIO Y viva este hermoso país, donde encontré

amigos tan sinceros y mujeres tan bellas que supieron darme alientos para poder triunfar.

TODOS ¡Viva!

JORG. Ahora a España a recoger los laureles.

CAR. Pronto nos abandonarás.

MARIO Si supiérais con qué pena dejó estos lugares para mí tan queridos. En Italia quedan mis días felices de gloria y entusiasmo; mis noches de insomnio y trabajo... ¡mi corazón!

JORG. ¿Tú corazón?

PAOLO ¿Vamos, aún sigues pensando en tu locura?

MARIO Sí; no he podido olvidar aquella noche en que sentí una emoción tan intensa que hizo nacer en mí una pasión jamás sentida.

CAR. Hola, hola... No conocíamos semejante historia.

PAOLO ¡Es un romántico incorregible!

LUC. ¡Que la cuente!

TODOS Sí, sí. Que la cuente.

MARIO Fué en la primavera. Paseábame inquieto por este mismo estudio; mi cabeza ardía, presa de una febril excitación, y abrí esa ventana; cuando de pronto, y como si naciera de entre la brisa, oí una canción, entonada por una voz tan dulce, tan dulce...

MUSICA

MAR. Una visión encantadora
en mi alma despertó,
con la canción tan seductora
que hasta mi oído llegó.

—

Voz aquella melodiosa
y más suave que una flor,
que fué el imán misterioso
que atrajo a este soñador.
Como canción de sirena

que de las olas naciera,
y entre el encaje de espuma
como un eco se perdiera.
Vida, vida mía,
¿te encontraré algún día?
Quiero, solo espero
buscarte en el mundo entero,
porque sin tu amor me muero.

HABLADO

LUC. ¿Y nunca supiste quién cantó?

MARIO Nunca.

JORG. ¿Y por qué no averiguaste?...

MARIO ¿Para qué? Hubiese perdido la aventura todo su encanto; sin embargo, yo estoy seguro de que tarde o temprano he de encontrarla. ¿Cuándo? No lo sé, pero la presiento, y el corazón no engaña nunca. Ella ha de volver otra vez.

ESCENA VII

DICHOS, CONDE DE CANDULLI y DORA.

CONDE (*Desde la puerta.*) ¿El pintor español Mario San Esteban?

MARIO Yo soy.

CONDE (*Avanzando con Dora.*) Deseaba tener una entrevista a solas con usted.

MARIO ¿A solas?

CONDE Es un asunto de verdadero interés.

MARIO Bien. (*Hace una indicación y todos hacen mutis.)*

PAOLO (*Al mutis a Rosina.*) ¡Qué personaje tan ridículo y tan misterioso!

MARIO Señor mío, ya estamos solos completamente. Hable usted. (*Les hace una indicación de que se sienten y lo hacen los tres.*)

CONDE El asunto que hasta aquí nos trae no puede ser más sencillo: la señorita desea que usted la haga un retrato.

MARIO No tengo inconveniente en ello, y ahora más que nunca no me explico el misterio...

CONDE Calma, un poco de calma. Las vehemencias, distinguido artista, son el producto de un temperamento algo exaltado. Axioma de mi abuelo Serapio el Tranquilo.

MARIO Respetando la opinión de su abuelo de usted, yo creo...

CONDE Perdón; la señorita, he dicho, desea un retrato de usted.

DORA Enterada de su justa fama, tendría un placer extraordinario en tener un retrato de un artista de su valía y talento.

MARIO Mil gracias, señorita. (*Aparte.*) ¡Qué voz tan dulce!

CONDE Es justicia. La justicia, cuando es justicia, no es injusta. Corolario de mi ascendiente Timoteo el Prudente.

MARIO Estoy de acuerdo con Timoteo.

CONDE Bien. Respecto al precio... *(Mario hace un movimiento.)* No, no, permita usted. El que la hace, la paga. Refrán popular.

MARIO (*Aparte.*) Este hombre es abrumador.

CONDE Respecto al precio, como decía, usted ha de ponerlo, sin que nosotros regateemos una lira. Es más, usted recibirá un cheque en blanco y firmado para que ponga en él la cantidad que crea conveniente. ¿Estamos?

MARIO Pero señor mío, no comprendo esta generosidad por un retrato en que lo mismo puedo acertar que no.

DORA Usted acierta siempre.

MARIO (*Aparte.*) Es un angel. (*Alto.*) Repito las gracias, señorita.

CONDE Y yo repito que no hay de qué darlas.

MARIO (*Aparte.*) Pero señor, ¿por qué contestará él siempre?

CONDE Y no hay de qué darlas porque usted, al hacer este retrato, ha de someterse extrictamente a determinadas condiciones.

MARIO ¿A determinadas condiciones?

CONDE Las cuales vamos a tratar de antemano, porque lo que se trata de antemano, no tiene duda al final. Otro axioma de mi bisabuelo Leonardo el Vidente.

MARIO Bien, explicaos. (*Aparte.*) ¡Qué familia más axiomática!

CONDE Es necesario; qué digo necesario, imprescindible, que usted no conozca nunca a la joven que va usted a retratar, ni sepa cómo se llama, ni dónde habita, ni de dónde procede.

MARIO ¿Qué dice usted?

CONDE Para lo cual, cada día, y a la hora convenida por usted, vendrán a buscarle en una góndola; una vez en ella le vendarán los ojos, los cuales no le descubrirán a usted hasta que esté en la habitación donde ha de efectuar su trabajo. ¿Está esto claro?

MARIO ¡Oh, no, no! De ninguna manera. ¡Eso, nunca!

CONDE Piénselo usted bien.

MARIO Está pensado.

CONDE Aquí tiene usted el cheque en blanco.

MARIO ¡Jamás!

DORA ¿Va usted a privarme del placer de verme retratada por un artista como usted?

MARIO (*Aparte.*) Cuando ella habla me vence.

CONDE El cheque.

DORA ¡Vamos, acepte usted! ¿Quiere usted hacerme un retrato?

MUSICA

MARIO Un retrato.
DORA Un retrato.
CONDE Un retrato
que le vale unos millones.
MARIO Yo no puedo.
CONDE Sed galante.
DORA Os suplico
que aceptéis las condiciones.
MARIO Perdonadme, señorita, bien lo siento,
pero no debo ceder.
CONDE No tengais duda ninguna
y aceptad esa fortuna
que os vengo yo aquí a traer.
MARIO Mas las condiciones he de rechazar,
pues jamás mis ojos dejaré vendar.
CONDE No toméis las cosas con tanto calor.
MARIO Lo que me proponen pugna con mi ho-
(nor.
DORA De ofenderos jamás traté,
ni he dudado de vuestro honor,
yo tan sólo os lo rogué
como especial favor.
MARIO (*Aparte.*)
Sus palabras no quiero oír,
pues me tienen que convencer.
(*Alto.*)
Señorita, me hacéis sufrir.
DORA Vamos, Mario, debéis ceder.
Yo soñaba con conseguir
un retrato con mi expresión,
pero tengo que desistir
al fin de mi ilusión.
CONDE Si no cedéis,
vámonos ya. (*Hacen medio mutis.)*
MARIO (*Aparte.*)
¿Qué es lo que oí?

Ella se va.
(*Alto.*)
Esperad.
CONDE (*Volviendo con Dora.*)
¿Qué queréis?
DORA (*Con alegría.*)
¿Aceptará?
¿Venceré?
MARIO Si quitáseis la condición...
CONDE No puede ser.
MARIO Representa una humillación
que yo no creo merecer.
DORA (*A Mario.*)
El aliciente de una aventura
que en el misterio se ha de envolver,
¿no ofrece encantos para un artista
si en ella está una mujer?
¿Luego, acepta? (*Al ver dudar a Mario.*)
MARIO Nada he dicho.
DORA Mas lo veo.
CONDE Ya no debe meditarlo.
DORA Muchas gracias.
MARIO Me subyuga.
CONDE Ya no creo.
que se obstine en rechazarlo.
MARIO Con su encanto me convenció.
DORA Mis deseos por fin logré;
agradezco vuestra atención.
(*Recitado.*)
¿De modo que aceptáis?
MARIO Acepto.
(*Cantando y a un tiempo.*)
DORA Mis deseos por fin logré.
MARIO Me subyuga y he de ceder.
CONDE Sus reparos logré vencer.

HABLADO SOBRE LA MUSICA

CONDE ¿De modo que acepta usted?

MARIO Acepto.

CONDE Pues, bien. Los negocios, son los negocios, y la formalidad en los negocios es el cumplimiento del deber.

MARIO ¿Otro axioma de algún abuelo?

CONDE No, esta es una consideración filosófica personal. Aquí tiene usted el cheque. *(Mario lo toma.)* Mañana vendrán a buscarle.

MARIO Bien.

CONDE *(Haciendo una inclinación.)* ¡Señor mío!

MARIO ¡Caballero! *(Va a besar la mano de Dora y el Conde se interpone.)*

CONDE Permítame usted. El ósculo manuense entra también en las condiciones.

MARIO *(Inclinándose.)* A los pies de usted, señorita.

DORA *(Con alegría.)* Hasta mañana.

(Mutis de Dora y el Conde.)

ESCENA VIII

MARIO, luego ROSINA, PAOLO, LUCIA, GENOVEVA, JORGE, CARLOS y coro general.

MARIO ¿Qué es ésto? ¿Qué me ha pasado? ¿Ha sido un sueño? No. Aquí está el cheque. ¡Y en blanco, para que yo ponga la cantidad que quiera! ¡Tengo dinero, mucho dinero! ¡Paolo, Jorge, Rosina! ¡Venid, venid todos! *(Todos entran.)*

JORG. Pero, ¿qué te sucede?

PAOLO ¿A qué das esos gritos?

MARIO Casi nada; que acabo de hacer un negocio fabuloso.

ROSI. ¿Un negocio?

MARIO — Sí; me han encargado un cuadro, al que no le tasan el precio. ¡He aquí el cheque en blanco!

CAR. — ¡Qué fortuna!

PAOLO — ¡Si cuando yo te decía!... ¡El Greco a tu lado, un ignorante!

LUC. — ¿Y quién es el potentado?

GENO. — Eso. ¿Quién te ha encargado el cuadro?

MARIO — No puedo decirlo.

TODOS — ¡Que se diga, que se diga!

PAOLO — ¿Es algún misterio?

MARIO — No puedo decirlo porque no lo sé. Es una mujer bellísima, pero ni sé quién es, ni lo podré saber jamás. Es la única condición que me han exigido.

PAOLO — ¡Diablo! ¡Eres el hombre de los misterios!

MARIO — Quizás. Pero, entre tanto, bebed, derrochad mucha alegría. ¡Aquí hay dinero!

JORG. — ¡Eso, eso, venga champagne!

TODOS — ¡Venga, venga! (*Mucha animación y alegria.*)

CANTANDO

TODOS — Venecia, cuna de amor, etc.

(*En el momento de más algazara, comienza a oirse dentro la canción del prólogo. Todos se paran un momento.*)

MARIO — (*En el colmo de la estupefacción.*) ¡Callad!... ¿No ois esa voz?... ¿Esa canción?... Es la misma... La que oí en mi sueño de amor. (*Se dirige al ventanal y le abre; mientras, todos se acercan a él sigilosamente. La canción sigue dentro y se va alejando poco a poco. Mario mira a todos, vuelve a mirar a la ventana y exclama con asombro y alegría a la vez.*) ¿Será ella?... ¿Será ella?

CUADRO Y TELON MUY LENTO

ACTO SEGUNDO

Cuadro primero

Salón hall de un palacio veneciano, lujosamente amueblado. El foro, de cristales de colores, con puerta practicable en el centro, que da a un jardín. A la derecha puerta que conduce a las habitaciones de DORA. A la izquierda puerta que comunica con el resto de la casa. Es de día.

ESCENA PRIMERA

CONDE GANDULLI, DORA, seis DONCELLAS y un CRIADO

(Al levantarse el telón, la escena está sola; a poco suena un timbre y salen seis doncellas, igualmente vestidas, con trajes caprichosos y atrayentes, situándose tres a cada lado del foro. Inmediatamente entra DORA corriendo, seguida del CONDE, que marcha sudoroso y jadeante. Detrás de éste, sale y queda parado, en último término, un criado de gran etiqueta, que lleva doblado el gabán del CONDE.)

MUSICA

DORA — Dejadme, dejadme.
CONDE — Oye, por favor.
DORA — No quiero escucharos.
CONDE — Por mí, habla el amor.
DORA — ¡El amor! Ja, ja, ja.
CONDE — Sí, señor; el amor.

DORA ¡El amor! Ja, ja, ja
DONCELLAS ¡Ja, ja, ja!
CONDE Basta ya.
DORA Vos tenéis la culpa,
querido tutor,
porque a vuestros años
hablais del amor.
CONDE Aunque sea viejo
te has de convencer
que aún conservo el fuego
del primer querer.
DORA ¡Ja, ja, ja, ja!
CRIADOS ¡Ja, ja, ja, ja!
CONDE ¡Qué desvergüenza!
CRIADOS Furioso está.
DORA ¡Ja, ja, ja, ja!
CRIADOS ¡Ja, ja, ja, ja!
DORA No seáis iluso.
CONDE Yo voy a rabiar.
Niña,
tendrás palacios,
diamantes y topacios
y un elefante
muy elegante
para que salgas
con él a pasear.
Vida,
tendrás dinero,
un coche y un cochero,
veinte doncellas,
seis negros
y un fular.
DORA Calle,
no me atosigue,
que así nada consigue,
voy a enfadarme
y he de marcharme,
pues sus palabras

me causan mal humor.

CONDE	Dora,
si es que te adoro
y tú eres mi tesoro.

DORA	No insista tanto,
me cansa tanta flor.

CONDE	Ven a mis brazos,
no me abandones,
mira que vamos a ser felices.

DORA	Querido Conde:
muy buenas tardes.

(*Entra en su habitación y cierra la puerta.*)

CONDE	Me ha dado con la puerta en las narices.

CRIADOS	¡Ja, ja, ja, ja!
¡Ja, ja, ja, ja!
La señorita, de él se burló.
¡Ja, ja, ja, ja!
¡Ja, ja, ja, ja!

CONDE	*(Recitado.)* Basta de risas, lo mando yo

HABLADO

CONDE	¡Váyanse ustedes inmediatamente y avisen a Bárbara. (*Doncellas y Criado hacen mutis con un respetuoso saludo.*) ¡Pues no faltaba más! ¡Está bien, muy bien, señorita! ¿Con que se muestra usted dura a mis galanteos? Pues ya verá usted de lo que es capaz Anatolio Susini, Conde de Gandulli, descendiente, por línea directa de los Gandullis, más grandes de Venecia. ¡Al tiempo, al tiempo, que decía mi tío Simeón, el teólogo!

ESCENA II

CONDE y BARBARA

BARB.	(*Que sale por el foro. Es una vieja ridícula y gazmoña, ama de llaves del Conde, con*

más pretensiones que una niña de quince años.) ¿Me llamaba usted, señor Conde?

CONDE — Sí, estoy muy descontento de tu conducta.

BARB. — ¿Descontento?

CONDE — He notado, desde hace dos días, que no ejerces con ese pintor toda la estricta vigilancia que te recomendé cuando empezó su trabajo.

BARB. — La misma, señor.

CONDE — ¡No, señor!

BARB. — ¡Sí, señor!

CONDE — ¡No, señor, he dicho! Tú, por lo visto, has tomado esto a juego y como yo te coja en un renuncio, vas a perder la jugada.

BARB. — Yo le juro que...

CONDE — ¡No jures nada! Es preciso redoblar las precauciones con objeto de que el pintor no sospeche, ni por asomo, donde se halla. Sería una lástima que siendo hoy la última sesión, se echase todo al suelo. Llegar al final con tiento, es cosa de gran talento. Aleluya de mi padre Zacarías, el poeta. (*Contoneándose.*) ¡Ah! Si me vieran mis antepasados próximo a enlazarme con una joven, y hermosa por añadidura! ¡Si se levantarán los Gandullis!...

BARB. — Si se levantarán sus antepasados les daría vergüenza el contemplar a un viejo ridículo.

CONDE — ¡Bárbara!

BARB. — Pretendiendo casarse con una muchacha de veinte años, pupila suya,

CONDE — ¡Bárbara!

BARB. — Y con una dote de seis o siete millones de liras.

CONDE — ¡Que deliras, Bárbara, que deliras!

BARB. — Yo no digo más que la pura verdad.

CONDE — ¡Bárbara, no seas bárbara!

BARB. — (*Sollozando.*) ¡Ah, como cambian los tiem-

pos! ¡No eran esas las palabras que me dijo usted hace veinticinco años, al traerme engañada a esta casa!

CONDE ¿Engañada?

BARB. Engañada, sí, señor; engañada con falsas promesas de matrimonio. Yo era entonces una inocente chiquilla, un tierno capullo.

CONDE Bueno, pero ya estás ajada.

BARB. ¡Así me engañó usted! ¡So corruptor! Si yo hubiera tenido entonces la experiencia de ahora; pero claro...

CONDE ¡Pero turbio! ¡Y menos sollozos! ¿Eh?

BARB. ¡Con las proporciones que yo he despreciado por usted!

CONDE (*Aparte.*) ¡Demonio! ¡A ver si esta canta y me estropea la combinación!

BARB. ¡Toda mi juventud perdida!

CONDE (*Alto y cariñoso.*) ¡Pero ven acá, paloma mensajera! ¿Quién te ha dicho a ti que yo te he olvidado? Una cosa es que yo pretenda casarme con Dora, y otra cosa es que yo no piense en ti continuamente. ¿Has podido tú creer que tu bella imagen se ha retirado tan sólo un instante de mi pensamiento? No, mi Barbarita, sigue aquí. (*Se señala el corazón.*) Y aquí vivirá eternamente. Bárbara, por arriba, Bárbara, por abajo, en fin, una barbaridad de cariño.

BARB. (*Melosa.*) ¿De veras?

CONDE (*Aparte.*) ¡Ya cayó, ya cayó! (*Alto.*) Como te lo digo, camafeo artístico.

BARB. ¿Entonces renuncia usted a la boda?

CONDE (*Variando de tono.*) ¿Quién, yo? ¿Renunciar yo? ¡Primero me cuelgan!

BARB. ¡Ah!... Luego todas sus palabras eran falsas...

CONDE ¿Qué dices?

BARB. ¿Luego ha pretendido usted engañarme nuvamente?

CONDE ¡Bárbara, que te propasas!

BARB. Pues se acordará usted de mí, viejo camastrón.

CONDE ¡Bárbara, que estás insultando a Anatolio Susini, conde de Gandulli, y cuando un Susini se quema, se acaba en seguida.

BARB. Eso es lo que yo quiero, acabar de una vez.

CONDE (*Con autoridad.*) ¡Basta! Ya lo dijo Teodoro el tartamudo: «Cría cuervos y te sacarán los ojos». (*Mutis magestuoso.*)

ESCENA III

BARBARA, después, DORA

BARB. ¡Ya lo creo que se acordará de mí! Poco he de poder o la señorita Dora dentro de poco no piensa más que en su pintor.

DORA (*Saliendo.*) ¡Bárbara!

BARB. (*Aparte.*) ¡Llega en buena hora! (*Alto.*) ¡Señorita!

DORA ¿Llegó ya el pintor?

BARB. Aún no, señorita. Por cierto que estaba en este momento pensando en él.

DORA ¿Tú?

BARB. Yo, sí señora. ¡Es tan guapo! ¡Tan simpático! ¡Ay! ¡Lástima grande que hoy termine su trabajo! ¡Ya no le volveremos a ver!

DORA (*Tristemente y como pensando en lo mismo.*) ¡Es verdad!

BARB. (*Como confidencialmente.*) Vamos que a usted también le gusta, señorita.

DORA (*Asustada de que alguien conozca su secreto.*) ¿A mí?

BARB. Sí, señorita; al Conde se la podrá usted dar fácilmente. ¿Perc a mí? Al fin y al cabo una

es mujer. Y al señor Conde puede que se le escapen algunas miradas, ¿pero a mí? Aunque fueran ustedes vizcos

DORA Bárbara, te prohibo que pienses de esa manera. ¡Si mi tutor te oyese!

BARB. ¡Su tutor! ¡Valiente pez está hecho el tal tutor!

DORA ¡Bárbara, que es el señor Conde!

BARB. ¿Y qué? ¡No es una lástima que usted tenga que casarse dentro de días, por agradecimiento, con ese viejo gotoso y aburrido, habiendo un corazón joven y amante que suspira por usted!

DORA (*Variando completamente.*) ¿Cómo? ¿Tú estás segura de que me ama?

BARB. Segurísima. ¡Y de eso está tambien seguro su tutor!

DORA ¿Tú crees?

BARB. Si no a qué viene el rodearla a usted de las precauciones que la ha rodeado? Créame él teme que los dos se enamoren y por eso ha querido que el pintor no sepa nunca quién es usted.

DORA No, y verdaderamente él me mira de un modo extraño, singular...

BARB. Amor, todo eso es amor, señorita. Y para que usted se convenza yo misma voy a hacer que los dos tengan una entrevista a solas.

DORA (*Alegre.*) ¿De veras, tú eres dapaz de hacer eso?

BARB. Eso y mucho más por usted, señorita.

DORA (*Transición.*) Pero, si el Conde se entera... ¡No, no, de ningún modo!

BARB. El señor Conde no se enterará de nada. De eso me encargo yo. Confíe usted en mí y se convencerá de que el pintor la ama. (*Mutis de las dos.*)

ESCENA IV

MARIO, con los ojos vendados, seguido de un CRIADO.

CRIADO (*Llevándole de la mano.*) Por aquí, señor. (*Le deja en el centro de la escena y le quita la venda.*)

MARIO Gracias.

MUSICA

MARIO

Ya estoy de nuevo en la estancia
tan querida para mí.
¡Qué de recuerdos me llevo,
al alejarme de aquí!
Hoy es el último día
en que su imagen veré.
¿Por qué habré acabado el cuadro?
¿Por qué, Dios mío, por qué?
Sus ojos divinos
de ardiente mirar,
me hablaban al alma
con ansias de amar.
Sus ojos divinos
que voy a perder
y por vez postrera
hoy los voy a ver.
Esta aventura tan singular
nunca en la vida podré olvidar.
Nunca sabré quién es ella,
ni jamás quién ha cantado;
tan sólo sé que es muy bella
y que mi alma ha enamorado.
Ya estoy de nuevo en la estancia
donde su imagen pinté.
¿Por qué habré acabado el cuadro?
¿Por qué, Dios mío, por qué?

ESCENA V

MARIO, CONDE, luego DORA.

CONDE — Salud, ilustre pintor
ya veo que sois formal
y como el tiempo es oro
conviene aprovechar.

MARIO — Me tiene usted a su completa
y entera disposición,
y cuando quiera empezamos
con la última sesión.

CONDE — Al momento, amigo Mario,
ni un instante hay que perder.
(*Se dirige a una puerta que abre y saca a Dora de la mano.*)
Aquí se halla ya el modelo.

MARIO — (*Aparte.*) ¿Ella? (*Inclinándose.*) Señorita.

DORA — (*Aparte.*) ¡El!
(*Se sienta en un sillón, al foro, mientras Dora posa de frente a Mario, y éste, de pie ante un caballete, prepara sus pinturas.*)

DORA — Con qué insistencia me mira.
¿Será verdad que me quiere?
Mis ojos al ver los suyos
se entornan y se adormecen.

MARIO — ¿Por qué tiemblo como un niño
cuando me veo ante ella
por qué se extremece el cuerpo
y por qué mi mano tiembla?

DORA — Yo no me atrevo a mirarle.

MARIO — ¿Por qué baja la cabeza?

DORA — ¿Por qué me buscan sus ojos?

CONDE — ¡Vamos! ¿Empieza o no empieza?

MARIO — Al momento. Señorita,
míreme. (*Aparte.*) ¡Sus ojos queman!
(*Alto.*) Dibuje usted una sonrisa,
alze un poco la cabeza.
Espere usted un momento

(Se dirige a ella y la coloca.)
Así.

CONDE *(Levantándose.)* ¡Eh! Las manos quietas.

MARIO ¡Perdón! No fué esa mi intención
más al pintar
preciso es colocar.
Perdón, perdón.
Si en algo le falté.

CONDE Está usted perdonado.

MARIO Mil gracias.

CONDE No hay de qué.

MARIO Su rostro peregrino
de cándida hermosura
despierta en mí pasiones
que no sentí jamás.
Con mágica arrogancia
cruzóse en mi camino,
y pronto he de perderla
como una sombra más.

DORA Sus ojos si me miran
despiertan emociones
y siento que mi vida
se ha de marchar con él.
¿Por qué, señor, uniste
dos pobres corazones,
si vas a separarlos
y al fin le he de perder?

CONDE Estando yo delante
se miran de reojo,
y así, de esta manera,
no se podrán hablar.
Logré lo que quería,
lo que es tener un ojo
más grande que el del puente
que cruza el gran canal.

MARIO Su rostro peregrino, etc.

CONDE Estando yo delante, etc.

DORA Sus ojos si me miran, etc.

ESCENA VI

DICHOS y BARBARA

Recitado sobre la misma.

BARB. ¡Señor!

CONDE ¿Qué pasa?

BARB. Un caballero que desea verle a usted.

CONDE ¡Ya te he dicho que no estoy para nadie!

BARB. ¡Está bien, señor! (*Mutis.*)

CONDE Esta pobre mujer no entiende nunca las órdenes que la doy. No sabe que no puedo moverme de aquí.

DORA (*Aparte.*) No hay modo de quedarnos solos.

MARIO (*Aparte.*) ¡Este viejo celoso! No podré nunca hablarla.

BARB. (*Entrando.*) ¡Señor!

CONDE ¿Otra vez?

BARB. Es que dice que es un asunto urgente.

CONDE Pues que vuelva mañana o pasado, o el día del juicio. (*Mutis Bárbara.*) ¡La pesadez es algo innato en los fámulos!

MARIO (*Aparte.*) Nada, que no hay manera.

CONDE No he de poder solazarme ni unos minutos en la tranquila contemplación de la obra artística.

MARIO ¡Ya, ya!

CONDE No hay noble caballero que en las artes no gaste su dinero.

BARB. (*Saliendo.*) ¡Señor!

CONDE ¡Y dale!

BARB. Es que dice, que le diga a usted que es el señor notario.

CONDE ¡Demonio! ¡El señor notario! Eso ya varía. Con permiso, ¿eh? Vuelvo en seguida... Es cuestión de un momento. (*Hace mutis, mirando receloso y advirtiendo con la mirada a Dora.*)

MARIO (*Soltando los pinceles.*)

CANTADO

MARIO — Por fin, no puedo más;
necesito mi amor confesar.

DORA — Callad, por favor,
que me hacéis vacilar
y no os debo escuchar.

MARIO — Me hicísteis la oferta aceptar
y sólo por veros cedí.

DORA. — Pues todo lo habéis de olvidar
que hoy váis a alejaros de aquí.

MARIO — La suerte conmigo es cruel
que os pierdo apenas os vi.

DORA — También el destino me hiere
pues mata el amor que sentí.

MARIO — Si correspondéis
a mi amor ardiente,
¿por qué no cedéis.

DORA — Callad, por favor;
me comprometéis:
calmad vuestro ardor.

LOS DOS — No puedo dominar
la intensa sed de amar
que el alma me devora
y no habré de ceder
hasta lograr romper
las trabas que mi amor
convierten en dolor.

MARIO — Ven junto a mí.

DORA — No puedo más.

LOS DOS — Cerca de ti
quiero soñar.
Amor
sin igual,
tu ilusión
nos mueve a soñar.
Amor
ideal

que nos hace sentir
el deseo de amar.

HABLADO SOBRE LA MUSICA

ESCENA VII

MARIO, DORA, BARBARA y en seguida el CONDE

BARB. (*Que entra rápidamente.*) ¡Por favor, señorita, el Conde viene!

MARIO ¡Diablo! (*Vuelve a coger los pinceles y se coloca en su sitio.*) (*Dora vuelve a posar.*)

CONDE (*Entra frotándose las manos.*) ¡Todo arreglado! (*Fijándose en ellos.*) ¡No se han movido! (*A Mario.*) ¿Qué acabó usté ya?

MARIO En este momento.

CONDE (*Fijándose en el cuadro.*) ¡Oh, precioso, precioso! ¡Usted hará carrera! Hay línea, hay color. (*Dora se levanta.*) Hay... ¡Ay, que viene hacia aquí!

DORA ¿Puede verse?

CONDE ¿Por qué no? ¡Mirad!

DORA (*Encantada.*) ¡Divino! ¡Realmente es una obra maestra!

MARIO Por Dios, señorita...

DORA Esto no tiene precio.

CONDE Y por lo mismo; me va usted a permitir que le haga un pequeño obsequio. (*Intenta darle unos billetes.*)

MARIO Permitidme, señor; el cuadro ya está pagado y en mucho más de lo que vale.

CONDE Pero...

DORA No insistid.

CONDE Bien.

MARIO ¡Señorita! (*Le besa la mano.*)

CONDE (*Que se ha quedado ensimismado; al oir el beso no puede reprimir un salto.*) ¡Demo-

nio! ¡Este ósculo no he podido evitarlo!

MARIO — Señor mío... (*Inclinándose.*)

CONDE — Considerad esta casa como la vuestra.

MARIO — (*Con una sonrisa amarga.*) ¡Cuando la conozca! *(El Conde, con disimulo, va empujando a Mario hacia la puerta, pues éste no encuentra el momento de marcharse. Dora le ve alejarse con una mirada de tristeza.)*

MARIO — (*Volviendo.*) ¡Ah!

CONDE — ¿Qué?

MARIO — Mi sombrero...

CONDE — *(Que lo ve en una silla cercana a Dora.)* No se moleste... *(Se apresura a cogerlo. En este momento Dora y Mario se lanzan una última mirada de amor. Mario coge el sombrero, que el Conde le entrega, y sale rápidamente. El Conde se dirige a consolar a Dora que ha quedado abatida. Ella le rechaza y entra casi llorando en sus habitaciones.)*

CONDE — ¡Que cosa e cuesta!

TELON RAPIDO

Cuadro segundo

Fantástico *cabaret* en Venecia. Todo el foro de cristales será un amplio ventanal abierto, desde el cual se ve una poética vista de Venecia. A los dos lados del ventanal y formando chaflán dos puertas: una que conduce a la calle y otra que es la del tocador de señoras. En primer término derecha, amplia puerta que da al salón de baile, en la segunda otra que conduce al bar. Es la caída de la tarde, y, según avanza el cuadro, en el foro se irá haciendo noche y se iluminarán paulatinamente las ventanitas de unos cuantos palacios y algunos farolillos. En escena, mesitas adornadas coquetonamente.

—

MUSICA

(Al levantarse el telón, el *cabaret* se encuentra en la obscuridad más completa; una pareja, iluminada por el foco en colores, baila un *rag-time*. Los concurrentes aplauden al terminar.)

HABLADO

COC. 1.ª ¡Chico, dame un egipcio!

POLLO 1.º Toma.

COC. 2.ª Y Mario, ¿va a venir esta noche?

POLLO 1.º Supongo que sí. Aunque yo no sé por qué le echáis de menos. Es tan huraño...

POLLO 2.º Ya, ya. Hace tiempo que busca los rincones y no quiere trato con nadie.

COC. 1.ª Es que es amante de la soledad.

POLLO 1.º ¿Y quién es la Soledad?

COC. 2.ª No seas idiota. A ti, en cuanto se te habla de romanticismo...

POLLO 1.º Eso está *demodé*. A mí háblame de *football* y de carreras...

COC. 1.ª Todo lo que sean coces te va al pelo.

POLLO 1.º Quizá sea el roce.

COC. 1.ª Oye, tú..., ten la lengua...

POLLO 2.º Vaya..., vaya..., basta de indirectas y vamos a tomar el aperitivo en el bar Americano. Convido.

COC. 2.ª Santa palabra.

COC. 1.ª Andando. Y a mí no me vuelvas a hablar.

POLLO 1.º Ni tú a mí. Así las tengo. (*Hacen mutis bulliciosamente.*)

MUSICA

(*Salen regañando Paolo y Rosina; duetto. El de frac y ella elegantísima.*)

ROS. No me siga usted.
PAOLO Oye, por favor.
ROS. No le escucharé.
PAOLO Juro por mi amor.
ROS. No le he creer,
es usted un traidor.
PAOLO Pues me va usted a oír.
ROS. No será verdad.
PAOLO No sé qué decir.
ROS. Qué desfachatez,
nunca vi otra igual.
PAOLO Yo ya sudo pez.
ROS. Ay, qué sofocación,
me dará usted una explicación;
¿qué me va usted a contar
para poderse disculpar?
PAOLO Vaya una situación,
yo no veo la solución;
¿qué la podré contar
para poderme disculpar?
Yo le voy a explicar.
ROS. Con usted no tengo que hablar.
PAOLO Juro, Rosina, que inocente soy.
ROS. No jure usted porque a ofenderme voy.
PAOLO Yo te explicaré la equivocación.
ROS. No te atenderé.
PAOLO Tú has oido mal.
ROS. Yo qué voy a oír.
PAOLO Yo seré formal.
ROS. No se obstine más.

PAOLO ¡Ay, perdóname!
ROS. Perdonar, jamás.
Qué desvergonzao.
PAOLO Pues no insisto más.
LOS DOS Hemos terminao.

HABLADO

(*Al acabar el número, cada uno queda sentado en una mesa a cada lado de la escena. Ambos baten palmas nerviosamente.*)

PAOLO ¡Mozo!
CAM. (*Saliendo.*) ¡Señor!
PAOLO Una taza de tila para la señorita.
ROS. ¡Camarero! Una botella de agua de azahar para el pollo.
CÁM. (*Haciendo mutis.*) Deben de estar de monos.
PAOLO ¡Qué!... ¿Se va tranquilizando usted, señorita?
ROS. ¡Le he dicho a usted que no me hable!
PAOLO Pero Rosina, ten en cuenta que...
ROS. No tengo en cuenta nada. ¡Es usted el último de los miserables! Decir un piropo a una mujer viniendo conmigo. (*Imitándole.*) «Si usted fuera góndola y yo canal, zozobraba usted». ¿Le parece a usted bonito?
PAOLO Ingeniosillo nada más.
ROS. ¡Ah! Pero ¿es que encima lo vas a tomar a broma?
PAOLO Mujer, es que tienes unos celos injustificados.
ROS. ¿Injustificados yo?... ¡Mira, Paolo, no me busques!... ¿De modo, que aquella aventura de la bailarina no fué real?
PAOLO Ya sabes que no duró arriba de una semana.
ROS. ¡Claro!... Porque ella tenía que trabajar en Milán y emprendió la marcha.

PAOLO Emprendió la marcha, pero no fué real.

ROS. ¡Paolo, Paolo!

PAOLO ¡Rosina, Rosina!

ROS. (*Sollozando.*) ¡Eso es! ¡Enamórese usted de un hombre para esto!

PAOLO (*Con resignación.*) ¡Bueno!

ROS. No, si la culpa la tengo yo, porque después de todo no sé qué es lo que tú tienes para que yo me haya fijado en ti.

PAOLO Simpatía natural.

ROS. Porque bien mirado, los ojos son muy chicos.

PAOLO Microscópicos.

ROS. ¿Pues y las narices?

PAOLO Oye, ¿qué tienes que decir tú de mis narices?

ROS. Poca cosa, porque no merecen ni siquiera un detenido estudio. La boca es lo que te agracia algo; como que no parece tuya.

PAOLO ¡Vaya! ¡Á que no voy a poder decir que esta boca es mía!

ROS. Puede que tengas razón.

PAOLO ¿Sabes lo que te digo? Que no quiero regañar más. Con tu permiso voy a ver si está Mario ahí dentro.

ROS. ¿Tanto te interesa?

PAOLO Mucho. Desde que pintó el retrato de esa mujer misteriosa, está triste, melancólico. Afirma que esa mujer es la misma que oyó cantar en el canal aquella célebre noche. Yo creo que va a volverse loco, y es necesario distraerle.

ROS. Claro, y con el pretexto de distraer a tu amigo, tú estás constantemente entre esas mujeres, que es lo que pretendes, ¿no?

PAOLO Rosina, no seas cerrada, que me indignas.

ROS. Porque te digo la verdad.

PAOLO — Rosina, que ya estoy de celos hasta la masa encefálica.

ROS. — ¿Ah, sí? Pues hemos terminado.

CAM. — *(Saliendo con una bandeja en cada mano.)* ¡El azahar! ¡La tila!

ROS. — *(Dándole un manotón y tirándole la bandeja.)* ¡Hemos terminado! *(Mutis por la izquierda.)*

PAOLO — *(Dándole otro manotón y tirándole la otra bandeja.)* ¡Hemos terminado! *(Mutis por la derecha.)*

CAM. — *(Cogiendo los cacharros.)* Pues hemos terminado. *(Hace mutis.)*

ESCENA III

BARBARA, que sale recatándose por la puerta de la calle; en seguida DORA

BARB. — Pase usted, señorita. No hay nadie.

DORA — *(Entrando; viste una salida de teatro y un traje elegantísimo. Lleva peluca rubia.)* Esta aventura puede costarnos cara, Bárbara...

BARB. — No hay miedo. El viejo salió esta tarde a ultimar los detalles de la boda hacia la finca del señor notario y no volverá hasta mañana.

DORA — Y me dejó confiada a tu custodia.

BARB. — Por fortuna para usted. Los criados no nos han visto salir. Tiene usted una hora para convencerse de que el pintor la ama locamente.

DORA — ¡Si fuera eso cierto!... ¿Y dices que Mario viene aquí todas las noches?

BARB. — Todas. Ya sabe la señorita que desde el triste día en que terminó el cuadro, no he cesado de espiarle y enterarme de todos sus

actos. El se emborracha para olvidarla a usted.

DORA (*Muy triste.*) ¿De veras?

BARB. Pero no lo consigue.

DORA (*Muy alegre.*) ¿De veras?

BARB. Usted ha transtornado su vida. Es otro hombre. Todos sus amigos lo aseguran.

DORA Eso es lo que me ha decidido a venir a este sitio. Quiero convencerme de que Mario me ama.

BARB. Así me gusta verla, decidida.

DORA Pero ¿tú estás segura de que entre tantas mujeres como caerán aquí en sus brazos ninguna habrá logrado hacer que me olvide?

BARB. Ninguna, señorita.

DORA Eso es lo que quiero ver, y a eso vengo. La prueba ha de ser definitiva. Quiero ponerle ante sus ojos, y en este ambiente, una mujer que le recuerde mucho a mí misma. Si su amor fué solamente capricho, caerá en mis brazos queriendo apagar aquella pasión con mis caricias. Si su amor es algo más que el logro de un deseo; si tras el encanto de la mujer buscaba un corazón amante capaz de comprender sus inquietudes de artista y sus romanticismos de soñador, entonces no encontrará en mis brazos más que las caricias de una mujer cualquiera.

BARB. La prueba es peligrosa. Y con el amor no se debe jugar, señorita.

DORA He de convencerme de que ama a Dora por sí misma y no a ninguna mujer que se le parezca.

BARB. ¿Y no la reconocerá?

DORA Imposible. ¿Cómo ha de imaginarse que yo pueda estar en un *cabarett?* Además, esta peluca rubia contribuirá a desvanecer la semejanza si es que aún duda.

BARB. Pero el modo de hablar, las maneras ..

DORA Haré todo lo posible para amoldarme al ambiente; confía en mí.

BARB. ¿Entonces, la carta?...

DORA Se la entregarás a él o a su amigo Paolo. Eso contribuirá más al engaño.

BARB. Como usted ordene.

DORA Yo, mientras tanto, voy al tocador. Quiero ponerme a tono para conquistarle.

BARB. Pues buena mano.

DORA Y no olvides que dentro de media hora, me esperas en la puerta del cabaret. (*Hace mutis.*)

BARB. Descuide. Santa Rita, si esto se logra, te debo un Sisini de cera. *(En este momento cruza la escena el Camarero.*) Dígame, apuesto mozo, el pintor español, Mario San Esteban, ¿frecuenta estos lugares?

CAM. Asíduamente; es parroquiano.

BARB. ¿Está?

CAM. Aún no ha venido, pero si quiere usted algún recado...

BARB. Deseaba verle personalmente.

CAM. (*Mirando dentro.*) Pues en la reunión no está; pero si le es a usted lo mismo, allí está el señor Paolo Paolli, íntimo amigo de él. Vamos, como uña y carne.

BARB. ¿Tendría usted entonces la bondad de avisar al señor Paolli?

CAM. Con mucho gusto. ¿A quién anuncio?

BARB. Dígale usted que le espera una dama.

CAM. Está bien. (*Mutis.*)

ESCENA IV

BARBARA, luego PAOLO

BARB. Creo que a este Paolli, yo no le soy del todo indiferente. Me cubriré el rostro para intrigarle.

PAOLO (*Saliendo del bar y mirando hacia dentro.*) ¿Dice usted que una dama? Nada, que voy a tener que salir a la calle con careta. (*Reparando en ella.*) ¡Señora!

BARB. Usted me perdonará si le he interrumpido en sus distracciones.

PAOLO Cuando una dama espera, las distracciones son un aburrimiento. (*Aparte.*) ¡Demonio, debe ser aguapa!

BARB. (*Aparte.*) ¡Qué fino y qué gallardo! (*Alto.*) Pues bien, señor mío, después de haber dado oído a su lindeza, paso a decirle el objeto de mi llamada.

PAOLO Pase usted hasta donde quiera. (*Aparte.*) Si la pudiera ver la cara.

BARB. Se que es usted íntimo amigo del pintor español, Mario San Estèban.

PAOLO ¿Cómo íntimo? ¡Hermano, señora, hermano! Si él llora, yo sollozo; si el ríe, yo me divierto; si a él le pica, yo me rasco.

BARB. Pues bien; siendo así, creo que no tendrá usted inconveniente alguno en entregarle esta carta en propia mano en cuanto le vea.

PAOLO Venga esa misiva, y yo le aseguro que lo que tarde Mario en darme las buenas noches, tarda en tener la carta en su poder.

BARB. De ese modo... (*Le da la carta.*)

PAOLO (*Oliendo la carta.*) ¡Caramba y qué bien huele!... ¡La dama en cuestión rinde culto a la violeta!

BARB. ¡Lila!

PAOLO ¿Eh?

BARB. Que es lila el perfume.

PAOLO ¡Ah! ¿Es lila? (*Aparte.*) Sí, tendrá razón Rossina, al despreciarme las narices.

BARB. Señor mío: un millón de gracias. He tenido un verdadero placer.

PAOLO ¡Demonio! Y se va sin que yo la vea la cara. ¡Eso si que no! (*Alto.*) Gentil dama: ¿Y no podría yo ver siquiera un instante el hechicero rostro de mi interlocutora; saber por lo ménos quién me ha entregado la carta?

BARB. Lo dicho, que es muy galante. (*Se descubre.*) ¡Mirad!

PAOLO (*Desvaneciéndose casi.*) ¡Dios mío!

BARB. (*Haciendo mutis rápidamente por donde salió.*) ¡Lo he enloquecido!

ESCENA V

PAOLO y ROSSINA

ROS. (*Saliendo del bar y dirigiéndose en seguida a Paolo.*) ¿Con quién hablabas?

PAOLO Con un *bersaglieri.*

ROS. ¡Mientes! Era con una mujer. Te he estado observando desde la puerta.

PAOLO Rossina, no profanes un sustantivo. ¿Una mujer eso?

ROS. (*Fijándose en la carta y arrebatándosela.*) ¡Digo! ¡Y con su cartita perfumada y todo!

PAOLO Rossina, que el violar la correspondencia, está penado. Rossina, que esa carta no es mía.

ROS. ¿Pues de quién es entonces?

PAOLO Es para Mario.

ROS. Ahora mismo nos vamos a convencer. (*Trata de abrirla.*)

PAOLO Rossina que violas.

ROS. ¿Que violo, eh? (*Rasga el sobre.*)

PAOLO ¡La violó!

ROS. (*Leyendo.*) Mario...

PAOLO ¿Lo ves?

ROS. (*Continúa leyendo.*) Mario, si como supongo guarda usted un grato recuerdo de mí, confío en que ha de atender a mi súplica. Un grave peligro me amenaza.

PAOLO ¿Eh? ¿Pero dice eso? ¿Estás segura de que lees, o es sugestión?

ROS. No, no; aquí dice eso (*Leyendo.*) Un grave peligro me amenaza. No tengo a nadie que me defienda. Mi única esperanza es usted. ¿Acudirá si es que le necesito? Así lo espera y no le olvida, Dora.»

PAOLO (*Bailando.*) ¡Viva, viva la alegría!

ROS. ¿Pero qué te sucede? ¿Qué quiere decir ésto?

PAOLO Nada, querida Rossina, que ya soy feliz, que vamos a ser felices.

ROS. ¿Pero qué hablas?

PAOLO Mira; tú ahora mismo te vas a meter ahí dentro, y vas a esperar la llegada de Mario; y en cuanto le veas le entregas esa carta.

ROS. ¿Y tú?

PAOLO ¿Yo? Yo voy tras esa dama tan *hermosa* con quién tú me has visto hablar.

ROS. ¿Para qué?

PAOLO ¿Para qué? A enterarme donde vive la felicidad; la felicidad que nos va a cubrir a todos maternalmente con su manto de armiño y va a ser causa de que ruede al champan en copas de oro y suenen los besos mejor que nunca. ¡Espérame! ¡Señor, señor, parece mentira que una mujer tan fea haya sido el prólogo de una acción tan hermosa. (*Mutis exagerado y cómico, corriendo.*)

ROS. Va loco... ¿Pero qué le sucederá? En fin, yo voy a hacer lo que me ha mandado.

ESCENA VI

DORA, saliendo del tocador, mirándose en un espejito y pintándose los labios.

DORA ¡Así! ¡Eso es!... Un poquillo exagerado re sulta, ¡pero estas mujeres son tan exageradas para todo! Los ojos creo que aún no me los he rasgado bastante. Y juraría que éste está más pintado que este otro! (*Se sienta en un lado y sigue mirándose.*)

POLLO 1.º (*Entrando con dos cocottes*) Os digo, chicas, que es un plan fantástico, una hora de góndola mirando a las estrellas y susurrando a media voz alguna trova veneciana.

COC. 1.ª Y un mes de cama producto de la humedad.

POLLO 1.º ¡Ah! ¿Pero aún sigues reumática?

COC. 1.ª Chico este año más que nunca. Estoy que no puedo mover los remos.

POLLO 1.º De eso se encargará el gondolero.

COC. 2.ª Erés un ganso.

COC. 1.ª No te rias que tengo esta pierna imposible.

POLLO 1.º Veamos. (*La coge de la cintura, la siénta en una mesa y la sube la falda.*) ¿Sabes que el reuma te agracia? Porque estas redondeces no las tenías antes.

COC. 1.ª Yo siempre he tenido muy buenas formas

POLLO 1.º Como te has educado en un colegio de monjas.

DORA Mucho esperaba ver, pero no tanto. ¿De manera que está permitido enseñar hasta aquí? (*Se sube la falda y al notar que miran los otros se la baja rápidamente.*) ¡Demonio! Ese pollo no desperdicia ocasión. (*Viendo que las otras sacan cigarrillos y fuman.*)

	¿Y fuman también? (*Fijándose en ellas.*) Se cruza la pierna así; se levanta un poquito el vestido, se entornan los ojos con coquetería y... (*Suena un beso que se dan el Pollo 1.º y la cocotte 1.ª*) ¡Caramba! ¿Y eso como podría yo ensayarlo? Y no le ha dejado el carmín de los labios. Esto es más difícil. (*Besándose en la mano.*) Pues este si despinta. ¿Será que aprieto demasiado?
POLLO 1.º	¿De modo que rechazáis la juerga acuática?
COC. 1.ª	Eso está bien para ti que eres un besugo.
DORA	¡Bah! No es tan difícil imitarlas. ¿Y en todo esto consiste su atractivo? (*Salen en este momento varias cocottes que se dirigen al grupo.*)
COC. 3.ª	Oye, te éstán buscando Fernando y Alberto para ver en que quedais.
POLLO 1.º	Estas no quieren. Dicen que les molesta el agua.
COC. 2.ª	Es que se te ocurren unas cosas.
POLLO 1.º	Bueno, voy a ver a esos. Si os decidís avisadme. (*Hace mutis.*)
COC. 1.ª	Este idiota ha equivocado la carrera. Todas sus juergas acaban en el agua.
COC. 3.ª	Oye, oye, ¿quién es aquella nueva palomita?
COC. 1.ª	No lo sé. Hace rato que está ahí.
COC. 3.ª	¿Sola?
COC. 1.ª	Completamente.
COC. 3.ª	Esperará a alguno.
COC. 2.ª	Queréis que se lo preguntemos (*Se acercan a ella.*)
DORA	Vienen hacia mi. ¿Las sabré imitar lo bastante para no descubrirme?
COC. 1.ª	Esperas á alguien.
DORA	(*Cruzando la pierna exageradamente.*) ¡No!
COC. 1.ª	Pues entonces que haces ahí tan sola.

DORA — No conozcoa nadie, como es la primera vez que vengo.

COC. 1.ª — ¿Cómo te llamas?

DORA — Que más da. Llamarme como queráis. Cada día cae en el cabaret una nueva flor dispuesta a marchitarse y hoy me ha tocado a mí.

COC. 1.ª — ¿A ti? Poco provecho vas a sacar con ese aire de mosquita muerta.

DORA — No lo creais. Yo se cantar y bailar. He estado mucho tiempo en Nueva York y allí aprendí una danza dislocante, ¿queréis que os la enseñe?

TODAS — Sí, sí.

DORA — Pues atención. (*Aparte.*) De algo me tenía que servir el viajar con mi tutor. (*Salen ocho segundas tiples al atacar la*)

MUSICA

DORA

Alegre y linda flor de cabaret
que con su aroma embriaga de pasión
amores de una noche prodigué
más a ninguno di mi corazón,
mi risa se desgrana en un cantar
mientras mi pecho sangra de dolor
y en vano en el champan quiero buscar
donde olvidar penas de amor,
y debo mis sollozos esconder
ahogándolos en risas de placer.
Muñequita gentil
que brindando vas
los encantos sin par
de tu juventud
en los hombres radiante despertarás
del deseo las ansias y la inquietud
Eres lindo juguete para saciar
de banales amores la ardiente sed

más jamás lograrás
tu ilusión hallar
¡Oh triste flor de cabaret!
(*Mutis de todas con el número.*)

HABLADO

ESCENA VIII

Entra MARIO con capa o gabán de pieles y chistera. Ambas prendas se las da al botones que habrá salido detrás de él

MARIO (*Cayendo en una butaca y encendiendo un cigarro.*) Hoy como ayer... mañana como hoy... y siempre lo mismo. Ella y solo ella. Ni aun en mis borracheras puedo apartarla de mi mente. (*Se levanta y se acerca al ventanal donde se ha ido haciendo de noche y se ve Venecia iluminada poéticamente.*) Fué en una noche como ésta cuando oí su voz. (*Pausa.*) ¡Bah!... A ver si logro olvidar esta noche. (*Resueltamente se dirige a la puerta del bar y se tropieza con Dora que sale.*) ¿Ella?

DORA (*Aparte.*) ¡El!

MARIO ¿Pero usted aquí?

DORA Caballero. Usted se equivoca sin duda.

MARIO Es posible. Ella... no puede venir aquí.

DORA ¿Ella? ¿Quién es ella?

MARIO Una mujer a quien usted se parece mucho, tanto.. que ya ha visto usted que he dudado.

DORA ¿Es rubia como yo?

MARIO No, es morena; morena como las mujeres de mi España; morena como las presentí en mis sueños, trágicamente morena.

DORA ¿A usted no le gustan las rubias? (*Después de una pausa.*)

MARIO ¿Por qué no?

DORA (*Mirando a la mesa y recordando lo que ha

visto a las cocottes.) ¿Me ayuda usted a subir?

MARIO Con mucho gusto.) (*La coge de la cintura y la sienta en la mesa.*)

DORA Dame un pitillo.

MARIO (*Ofreciéndole la pitillera.*) Toma.

DORA ¿Fuego? (*Al encender ella no intenta besarla. Mario acerca su cigarro que lleva en la boca y Dora enciende.*) Esto no me lo esperaba yo. (*Pausa.*) ¿Y esa mujer te interesa mucho?

MARIO Mucho. Tanto, que la vida me parece poco para pagar una sonrisa suya.

DORA ¡Ay, hijo; qué pasión tan romántica! (*Suelta una carcajada.*)

MARIO Calla; te suplico que calles. ¿Vosotras qué sabéis de esto?

DORA Y si tanto la quieres ¿a qué vienes aquí?

MARIO Para ver si consigo olvidarla, pero es en vano; ni el vino, ni las mujeres como tú logran borrarla de mi imaginación.

DORA ¿Es posible? (*Nueva carcajada.*)

MARIO Vuelvo a suplicarte que al hablar de esa mujer, no te rías.

DROA No es de ella, es de ti. Me haces gracia, afirmando que ninguna mujer puede hacer que la olvides.

MARIO Ninguna.

DORA (*Bajando de la mesa y acercándose a él pravocativa.*) Ni... siquiera yo...

MARIO ¿Tú? Menos que nadie.

DORA ¿Por qué?

MARIO (*Mirándola fijamente.*) Te pareces demasia do a ella (*La rechaza.*)

DORA Por eso mismo... ¿Es que no te gusto?

MARIO Ni lo sé ni quiero saberlo.

DORA Si el parecido es tan grande ¿por qué no pruebas recordarla en mis brazos?

MARIO (*Volviendo a ella bruscamente.*) ¿Qué has dicho? Manchar la pureza de su recuerdo en brazos de... ¡de ti! Descender su imagen del altar donde la tiene mi pensamiento para profanarla en el lodo de unos brazos mercenarios. ¡Estás loca!... ¡Loca!

DORA ¡El que estás loco eres tú! (*Riéndose.*) Ninguna mujer merece esa pasión.

MARIO Ella sí...

DORA ¡Quién sabe! Al fin y al cabo será una mujer como todas.

MARIO Como todas no.

DORA (*Soltando una carcajada.*) Pues no exageras poco.

MARIO (*Agarrándola de una muñeca.*) Para hablar de esa mujer te tienes que hincar de rodillas.

DORA ¡Suelta, qué me haces daño!

MARIO ¡De rodillas! (*La tira al suelo.*)

DORA (*En el colmo de la emoción, no sabe si llorar o reir. Aparte.*) ¡Me quiere! ¡Me quiere!

MARIO (*Con un gesto despectivo.*) ¡Bah! (*Inicia el mutis.*)

DORA (*En un arranque de pasión.*) ¡Mario! ¡Mario!

MARIO (*Volviéndose.*) ¿Eh?

DORA (*Reaccionando.*) ¡No! ¡Nada!..,. (*Riéndose nerviosamente.*) Me hiciste daño, pero te lo perdono, porque acaso haya sido este el momento más feliz de mi vida. (*Retrocediendo hacia la puerta.*)

MARIO ¿Qué dices?

DORA (*Soltando una carcajada.*) Ja... ja... ja... se te engaña como a un niño. (*Mutis rápido.*)

MARIO ¿Qué es esto?

(*Entran con algarabía, Cocottes y Pollos.*)

COC. Mario, Mario, te estamos buscando. Es preciso alegrarse. Ya sabes que hoy es el santo de Mimí.

COC. 2.ª Cantará y bailará
COC. 1.ª Correrá el Champañ.
MARIO Champan, eso si, dadme champan; para no sufrir es preciso olvidar y para olvidar no hay nada como el champan.
COC. 1.ª ¿Quieres una copa?
MARIO Sí... sí... dadme de beber.

MUSICA

MARIO
Besadme abrazadme
que ruede el champan
por la alegre copa
de claro cristal
yo quiero reir
yo quiero gozar.
Besadme, abrazadme
que ruede el champan.

TODAS
Baila por que bailando
huyen de ti todos los dolores;
canta porque cantando
nacen en ti todos tus amores

COC. 1.ª ¿Quieres otra copa?

MARIO
Dadme de beber
que el champan es beso
de ardiente mujer

COC. Bebe mis secretos
MARIO Vengan sin tardar
COC. Aquí están los míos
MARIO Tengo sed de amor
COC.
Bebe que en mis brazos
tienes que soñar

MARIO
Y si el sueño es vida
no he de despertar
que el soñar con el amor
es el encanto más seductor,
No veis entre la copa
de un néctar cristalino

la mágica figura
de una hermosa mujer.
Es ella es mi locura
que encuentro en mi camino
Y si ella es mi destino
Su amor mío ha de ser.

TODAS — Beber beber.
Yo quiero morir entre sus brazos
Beber beber.
Yo quiero embriagarme entre tus brazos
Soñar soñar
con el dulce sueño de mi vida
Soñar soñar
para no volver a despertar.

MARIO — (*Ya mareado.*)
Apartad, apartad
que ninguna de vosotras
me ha logrado interesar.
Bajad la cabeza
de hinojos, ¡así!
que llega mi reina
para verme a mí.
(*Cae en una silla abatido.*)

RECITADO

COC. 1.ª — ¡Pobrecillo! ¡Necesita estar sólo! ¡Dejémosle!
(*Hacen mutis las Cocottes riéndose de él.*)

CANTANDO

MARIO — (*Queriendo recordar.*)
Una princesa encantadora,
bella y gentil como una flor,
en una noche seductora
citó en su parque un trovador.
En vano espera la Princesa,

loca de amor, a su doncel;
pasan las horas y no cesa
de suspirar pensando en él
y espera ansiosa al trovador
y así, en su canto de dolor.
No me acuerdo, maldición,
como acababa tan bella canción.
Mi cabeza no me respónde
mi memoria, me es infiel,
no me acuerdo, no me acuerdo,
como era el canto aquel.

(*Mario cae nuevamente sobre la silla completamente abatido y borracho. En ese momento, las Cocottes salen con los abrigos puestos, y evolucionando alrededor de Mario, hacen mutis. Del tocador, sale Dora, sin la peluca rubia. Va soberanamente hermosa y lleva el mismo peinado con que Mario la ha pintado en el retrato. Llega hasta Mario, que sigue echado; se inclina hacia él, le besa en la frente, y como arrullándole, comienza a cantar. Mario, al escuchar la voz de Dora, se levanta como extasiado, dirigiéndose muy despacio hacia ella, que retrocede, y al llegar a la puerta queda en ella hasta el momento en que Mario se le acerca. Ella desaparece y él cae de hinojos, diciendo:*) ¡Dora!... ¡Dora!...

TELON



ACTO TERCERO

Jardín del palacio del conde de Gandulli. Es de noche y la escena está adornada con faroles y luces de colores. Se está celebrando un baile de trajes para festejar la presentación oficial de DORA como futura esposa del CONDE

ESCENA PRIMERA

(Al levantarse el telón aparece DORA vestida con traje de veneciana, análogo al de la portada, rodeada de ocho u diez muchachas (segundas tiples), ataviadas idénticamente. Entre ellas ROSINA vestida lo mismo.)

HABLADO

MUSICA

DORA — Entre las frondas y entre el ramaje
Cupido se halla escondido.
TIPLES — Cupido, Cupido.
DORA — Y con las flores de fino encaje
juega Cupido.
TODAS — Juega Cupido.
DORA — El Dios inquieto, lanza gozoso
su flecha ardiente y traidora.
TODAS — Traidora, traidora.
DORA — Y todo el que aquí se acerca,
se enamora.

TODAS Se enamora.

DORA Mujer, mujer,
no te dejes por Cupido seducir
que el veneno de sus flechas te ha de (herir.
Mujer, mujer,
pues si el dardo te atraviesa el corazón
ya no hay salvación.

TODAS Mujer, mujer, etc.

HABLADO

MUCH. 1.ª ¿De modo, que por fin la boda es un hecho?

DORA *(Suspirando.)* Sí.

MUCH. 2.ª ¿Y realmente estás enamorada de tu prometido?

DORA *(Con indiferencia.)* ¿Y por qué no?

MUCH. 2.ª No sé; me había figurado... ¡Como te lleva tantos años!

MUCH. 1.ª Para todos ha sido una sorpresa la noticia.

MUCH. 3.ª ¡Tan callado que se lo tenía el Conde!

DORA Pues es un hecho; dentro de pocos días seré Condesa de Gandulli.

MUCH. 1.ª Y bien se conoce que el amor ha cambiado completamente al Conde.

DORA ¿Por qué?

MUCH. 1.ª ¿Y lo preguntas? Este baile de trajes para hacer oficial el enlace se sale por completo de las tradicionales costumbres de tu tutor.

DORA En efecto, a mí misma me ha extrañado. Nunca me ha dejado asistir a diversiones y en esta casa, jamás ha penetrado más hombre que él

MUCH. 1.ª ¿Y el famoso pintor español?

DORA ¿Queréis que no hablemos de ello?

ROS. *(A invitada cuarta.)* De modo que el Duque tenía a Dora casi secuestrada?

INVT. 4.ª	Bien poco distaba de ello. ¿Usted no trataba a esta familia?
ROS.	No; es la primera vez que piso este palacio. El distinguido sportman Paolo Paolili me ha proporcionado la invitación.
INVT. 5.ª	El famoso Paolili, árbitro de la elegancia veneciana y confidente de todas las bellas
ROS.	¿A sí? (*Aparte.*) Ya le arreglaré yo a usted, don Juan de ocasión.
INVT. 4.ª	¿Decía usted...?
ROS.	No..., nada...
MUCH 1.ª	A mí no me engañes. Tú estás enamorada del pintor.
DORA	*(Como dudando.)* No.
ROS.	Esa negación dice más que un sí. Que contento se va a poner Mario.

ESCENA II

DICHOS e INVITADOS. Algunos con trajes venecianos de época, A poco GANDULLI seguido de SUETONIO y varios viejos. El CONDE, el BARON y SUETONIO llevaran trajes venecianos muy exagerados.

INVT. 1.º	¡Oh...! Aquí tenemos a la futura condesa.
INVT. 2.º	La buscábamos ansiosos.
INVT. 1.º	Deseando tener el honor de besar esa mano tan seductora.
DORA	Mil gracias. (*Da a besar la mano.*)
INVT. 3.º	*(Que es un pollo cursi.)* Es usted la emperatriz del color, de la armonía y de la belleza. Su mirada es azul como la de la Valiere; su porte es blanco como el de la reina. su sonrisa es rosa como flor sangrienta.
MUCH 1.ª	(*Aparte a Dora.*) A este pollo le debías de poner verde.
DORA	Muy amable.
CONDE	(*Entrando con varios viejos, entre ellos Suetonio, el notario.*) Nada, mis queridos

amigos, nada. No puede haber discusión; lo que les digo es un axioma de mi tío segundo Arcadio el apoplético. (*Dirigiéndose a Dora con sus compañeros.*) ¡Oh encantadora! gentil Dora, estás encantadora. Qué porte de gran señora, ¿verdad, amigo Suetonio?... Ah, se me olvidaba. (*Presentando.*) Mis antiguos camaradas, el duque de la Cornucopia, el marqués de la Anticualla y el barón de la Prehistoria.-El señor Notario Suetonio Escaramiglio, que ha de unirnos en lazo indisoluble. Mi prometida.

SUET. (*Que es tartamudo.*) Ange... ge... An... ge... ge...

CONDE Bonita, ¿eh?

SUET. Ange... lical

DORA (*Ruborosa.*) ¡Por favor!

SUET. Mu... mu...

DORA ¿Eh?

SUET. Mu... mucho... me... había... hablado... el con... conde de usted, pero de todo es pa... pa...

CONDE ¿Cómo papa?

SUET, Pa... pálido ante la realidad.

VIEJO 1.° Lleva el traje con un empaque y una elegancia...

CNDOE Pues yo no soy menos. (*Cantoneándose con su traje veneciano.*) Parezco un digno cortesano de los Borgia. Si yo hubiera vivico en tiempo de Lucrecia, veneno que ella me diera, veneno tomara yo. (*Todos rien.*)

VIEJO 1.° (*A Dora.*) Lo dicho que es usted una tanagra.

DORA ¡Por Dios, señores! ¿Ha llegado ya el capítulo de las alabanzas?

CONDE ¡Ah! Si ustedes supieran lo feliz que soy en estos momentos. Amigo Suetonio, ahora

más que nunca es cuando tengo un miedo horrible.

SUET. ¿A qué?

CONDE «La felicidad abriga maternalmente en su seno más miedo que trece conejos».

DORA ¿Y tiene usted miedo a la felicidad, Conde?

CONDE Ya te he dicho que me llames Anatolio a secas.

DORA Con el tiempo. Ahora tan pronto no puedo acostumbrarme.

SUET. Es... nana... na... natural...

CNODE Con qué emoción dentro de breve tiempo voy a coger la pluma para firmar el acta que me va a hacer feliz para siempre. ¡Qué acto más conmovedor! El acto del acta no se borrará de mi mente en la vida. Y ahora honráme aceptando mi brazo para que vayamos al buffet a saborear ora un mantecado, ora un *petisú*, ora una magdalena.

DORA Perdonad. Tengo algo de jaqueca y aquí en el jardín me pasará del todo. Soy con ustedes al instante.

CONDE Bien. No tardes que te aguardo con impaciencia. (*A los demás.*) Señores vamos a tomar un ligero *tentempie.* (*Todos van haciendo mutis. Los viejos besan la mano a Dora.*) ¿Vamos?

SUET. (*Que va a hacer mutis y vuelve hacia Dora como si se le hubiese olvidado algo.*) Ah re... ah... re...

CONDE ¿Eh?

SUET. Ah... reconózcame usted co... co... como un humilde ser... ser... vidor.

DORA Mil gracias. (*La besa la mano.*)

CONDE ¡Ay, amigo Suetonio como voy progresando en su amor! Vamos hacia el progreso, vamos por la magdalena. (*Mutis los dos.*)

ESCENA III

DORA y BARBARA

DORA (*Apenas han hecho mutis.*) ¡Gracias a Dios! ¡Me fastidia tanta etiqueta! ¿Acudirá Mario a mi llamada? Mi segunda carta era apremiante. Sólo él puede librarme de este casamiento que destruye mi vida.

BARB. (*Saliendo y mirando como si alguien la siguiese se dirige misteriosamente a Dora.*) ¡Señorita!

DORA ¿Eh? ¡Ah! ¿Eres tú, Bárbara?

BARB. Creo que si.

DORA ¡Por fin! Con qué ansia te esperaba. (*Con arrebato.*) ¿Le entregaste la carta? ¿Le viste? ¿Hablaste con él? ¿Qué te dijo? ¡Cuéntamelo todo! Habla por favor.

BARB. Pero si no me deja usted ¡Le ví! Hablé con él y le entregué la carta.

DORA ¿Y qué te dijo, qué te dijo?

BARB. Por cierto que estaba con un señorito amigo suyo, más guapo y más simpático, y que sin duda alguna se ha enamorado de mí a juzgar por las galanterías que me dijo y...

DORA (*Impaciente.*) Bien, bien... pero él, ¿qué te dijo él?

BARB. ¿El? ¡Ah! ¿El pintor? pues me dijo... (*Recordando.*) me dijo que estaba loco por usted, que no se resignaba a perderla, que estaba dispuesto a deshacer esa boda tan absurda y... ¿qué más? ¡Ah sí! y que si usted no le ayudaba a todo esto se quitaría la vida.

DORA ¿Y será capaz de hacerlo? Temí que mi carta llegase tarde.

BARB. Pues hace varias horas que está ya en su poder, usted no sabe lo desesperado que estaba el pobrecito. No, y verdaderamente

no le falta razón. Ahora lo importante es que usted no vacile.

DORA ¿Yo?

BARB. La felicidad según dijo no sé que abuelo del señor Conde no pasa más que una vez por nuestra puerta; sino se la abre en aquel momento la pierde uno para siempre... ¡Ay! Así me ha sucedido a mí que en vez de abrir las hojas de par en par, eché el candado y me he reventado. Creáme usted, señorita: es tonto resignarse a perder la dicha cuando la tiene uno tan cerca.

DORA Sí, sí, estoy decidida, pero tengo miedo; miedo a no sé qué.

BARB. Porque no le amará usted bastante.

DORA Que no le amo...

BARB. Pues si le ama usted para el amor no hay obstáculos.

DORA Tienes razón. Ahora o nunca. Fuera de esta jaula de oro, la felicidad; aquí dentro, el dolor.

BARB. ¿Aún dudáis?

DORA No, Bárbara, mi corazón no duda.

BARB. Pues entonces...

ESCENA IV

Dichas e INVITADO 3.º

INVIT. Buscándola anduve tres minutos ha.

DORA ¿A mí?

INVIT. Se ha descorchado el champan y están los brindis en su apogeo.

DORA ¿Y notan mi falta?

INVIT. Exacto. Todos querian brindar por la futura condesa y la futura condesa habíase esfumado.

El Conde rogóme...

DORA — Bien, vamos...

INVIT. — (*Ofreciéndole el brazo.*) Dignaos admitir mi debil apoyo.

DORA — ¡Qué pollo!...

BARB. — Qué pollo más cargante! (*Dora se coge del brazo del Invitado 3.º y hacen mutis seguidos de Bárbara.*)

ESCENA V

MARIO y PAOLO

PAOLO — Ven y no tengas miedo.

MARIO — No es miedo, Paolo; es la emoción de volverla a ver lo que me hace temblar como un chiquillo.

PAOLO — Pues es necesario que le digas dos recaditos al corazón o que te lo sujetes bien con la diestra o bien con la siniestra para que no te delate.

MARIO — ¿Dónde estará?

PAOLO — No seas impaciente, hombre. Eres más nervioso que la hoja de un árbol.

MARIO — Es que tú no puedes comprender...

PAOLO — Lo comprendo todo, pero es necesario un poco de serenidad o adiós nuestro plan. Después de haber recibido su epístola, conviene proceder con prudencia. Aún no se habrá firmado el contrato matrimonial y creo llegaremos a tiempo de impedirlo. Gracias a mi amistad con el Duque de San Vito, que ya sabes que es el que da más bailes en Venecia, he podido adquirir nuestras invitaciones y la de Rosina, que seguramente ya sabrá todo lo que nos conviene saber, y henos aquí a todos para dar fin a tu romántica aventura.

MARIO — ¿Pero y ella? ¿Dónde estará ella?

PAOLO — Pero hombre, eres más inocente que un chivato. ¿Cómo vas a distinguirla en un baile de trajes.

MARIO — Mi corazón la reconocería entre mil.

PAOLO — Tú espérame aquí unos instantes que yo voy a ver si consigo ver a Rosina o a ella y si lo consigo, ten por seguro que hablas con tu adorado tormento dentro de cinco minutos.

MARIO — ¿De veras?

PAOLO — Como me llamo Paolo Paolli de San Serenín del Monti.

MARIO — Gracias, Paolo. Gracias.

PAOLO — Aguarda y no te impacientes. (*Haciendo mutis.*) ¡Ay, ellas, siempre ellas! (*Mutis.*)

MARIO — Tenerla tan cerca de mí y no sospechar siquiera que es esta su adorada prisión! Pero, ¿cómo no lo ha presentido mi alma? Pobre corazón cómo te equivocas siempre... (*Se sienta y se queda pensativo.*)

ESCENA VI

MARIO y DORA

MUSICA

DORA — Mario.

MARIO — Mi Dora.

LOS DOS — Por fin, feliz te vuelvo a ver.

MARIO — De mi mente no podía,
tus encantos alejar,
más algo en mí me decia
que al fin te habría de hallar.

DORA — En tu amor también pensaba,
más un sueño lo creía.
Imposible me parece,

verte junto a mí.
Por fin estás aquí.

MARIO — Nunco me apartaré de ti.
Te adoro, desde el día
que oí tu canto
sobre el canal.

DORA — Mi voz era el presagio
de un dulce sueño,
sueño ideal.

MARIO — (*Recitaúo.*)
Aquel canto, fué el encanto
que mi pasión despertó.
Y al mirarte el primer día,
adivinó el alma mía
que eras tú la que cantó.

DORA — Dulce anhelo, sin consuelo,
en mi mente te forjó.
Y al mirarte el primer día
en ti hallé con alegría,
a quien mi pasión soñó.

LOS DOS — No puedo dominar, etc.

DORA — ¡Mario!

MARIO — *(Yendo a sus brazos.)* ¡Mi Dora!

ESCENA VII

Dichos, PAOLO, BARBARA y ROSSINA

HABLADO

PAOLO — Por fin los encontramos.

BARB. — ¡Gracias a Dios!

PAOLO — Mientras yo buscaba a la palomita, ella reposaba en los brazos de su gavilán.

MARIO — Ahora que venga ese viejo tirano a arrebatármela.

PAOLO — ¡Por Dios, Mario!, arrebatos no, o lo echamos todo a perder.

ROS. (*Bajo a Paolo.*) ¡Es usted un miserable!

PAOLO ¿Eh?

BARB. (*Arrobada, contemplando a Paolo.*) ¡Es un bibelot!

PAOLO ¡Eh!...

DORA Mario, al fin has podido llegar hasta mí.

MARIO ¡Huye, huye conmigo!

DR A Contigo siempre.

MARIO ¡Mi Dora!

DORA (*Desfallecida.*) ¡Mario!

MARIO No vaciles.

PAOLO Pensarlo sería una descortesía para Cupido.

BARB. ¿Vamos, señorita?

PAOLO No perder tiempo! Vamos, pajarita, decídase usted. La jaula está abierta. Vuele, vuele por el campo de la felicidad y pósese en el amoroso nido que la ofrece ese romántico ruiseñor.

ROS. (*Ensimismada.*) ¡Qué pico, qué pico tiene!

BARB. (*Aparte.*) ¡Qué bien habla!

DORA ¿Pero y la tiesta, los invitados?

PAOLO ¿Y eso la detiene a usted? No se aflija, porque de eso me encargo yo.

MARIO ¿Qué dices?

PAOLO Que ha atravesado mi magin una ráfaga de inspiración.

MARIO Bueno... pero nos explicarás.

PAOLO Ahora no es tiempo. Vosotros no debéis de perder un instante.

BARB. Los invitados llegan.

MARIO ¡Es verdad. Vamos! (*Coge a Dora por la cintura.*) ¿Aún vacilas?

DORA (*Después de un momento de indecisión.*) ¡No! ¡Vamos! (*Hacen mutis.*)

PAOLO ¡Adiós! ¡Feliz viaje! ¡Yque mandéis postales de todos los sitios! (*Volviendo a la escena.*) ¡Qué tranquilo se queda uno cuando hace una buena acción!

ROS. (*Aparte a Paolo.*) Necesito regañar contigo ahora mismo, pero que ahora mismo.

PAOLO Ahora no tengo tiempo. He de acabar mi obra.

ROS. ¿Con que el árbitro de la elegancia?

PAOLO ¿Eh? ¿Quién te ha dicho?...

BARB. (*Aparte.*) ¿Qué hablarán? Seguramente está celosa de mí. ¡Pobre jovenzuela!

ROS. ¿Con que el confidente de las bellas? ¡Ay ¡Ay! ¡Yo me pongo mala! ¡Ay! (*Se derrumba en brazos de Paolo.*)

BARB. ¿Eh? ¿Qué la pasa?

PAOLO ¡Rosina, por Dios, vuelve! ¡Camará, cómo pesa! Rosina, que yo soy el confidente, pero no el sofá.

ROS. (*Volviendo de pronto.*) Pero no, no me desmayo, lo he pensado mejor y voy a engañarte.

ROS. ¡Demonio!

BARB. ¡Ya está aquí el Conde!

PAOLO No hay tiempo que perder. (*A Rosina.*) Tú, espérame aquí, que ya hablaremos. (*A Bárbara.*) En cuanto a usted...

BARB. ¡Ay!

PAOLO Sople hacia otro lado, y sígame usted, que puede que no la pese.

BARB. (*Aparte.*) Se me va a declarar. (*Alto.*) ¿Donde me llevas?

PAOLO A una tómbola. (*Se la lleva de la mano, dándola un fuerte tirón.*)

ESCENA VIII

ROSINA, GANDULLI, SUETONIO, INVITADAS e INVITADOS

CONDE Señores, ahora se hace necesario un minué de honor para que la fiesta no pierda su carácter típico.

TODOS Muy bien, muy bien.
VIEJO 1.º Yo ya no puedo con mis pies.
VIEJO 2º. Ni yo.
VIEJO 3.º Ni yo.
CONDE ¡Vejestorios!... Ahora veréis a este pollo lucirse. (*Llamando.*) ¡Dora! ¡Dora! ¿Pero dónde se habrá metido esta muchacha?
TODOS ¡Dora! ¡Dora!
CONDE (*Riendo.*) ¿A que se me ha perdido la pareja? Pues yo la necesito. ¿Dónde está mi pareja?
PAOLO (*Saliendo con Bárbara, vestida igual que todas.*) Aquí la tiene usted.
CONDE ¿Eh? (*Todos ríen.*)
BARB. (*Amorosa.*) ¡Anatolito!
CONDE ¿Pero y ella?

MUSICA

(*Comienza la orquesta muy piano, y se oye dentro la frase del dúo cantada por Mario y Dora, que van alejándose.*)

ROS. ¡Oíd!
CONDE ¿Qué es lo que escucho? ¡Ella! ¡Mi Dora!
¿Se va y me deja?
PAOLO ¿No vé que sí?

Huye muy lejos con el que adora,
busca la dicha
que no halló aquí.
Este palacio lleno de galas
fué triste jaula de su dolor.
Más ella, libre, tiende sus alas
y vuela alegre tras el amor.

(*Cuadro: el Conde se desmaya; Bárbara lo acaricia enamorada; Paolo se recrea en su obra y los demás comentan y chismorrean, como siempre.*)

TELON

Juicios críticos de la Prensa

A. B. C. «Como testigos presenciales del estreno verificado ayer en Maravillas, podemos declarar a nuestros lectores que «La Veneciana» gustó a la concurrencia. El públicó atendió con gran interés el aspecto sentimental de la fábula y la línea elegante y melódica con que Pepe Forns ha trazado la partitura, desenvolviéndose con ritmos graciosos en los minuetos cómicos: un duetto y un aire de «cabaret», que fueron repetidos, como anteriormente, alcanzaron también ese honor dos *racontos* del barítono, que el auditorio premió por su delicado matiz lírico subrayándole con aplausos.»

—

El Liberal. «La Veneciana» tiene un libro fino y delicado, en el que abundan las situaciones de verdadera comedia. Si en el cuadro del cabaret el ambiente nos parece operetesco, escenas como la que bordó Eugenia Zúffoli con su sin igual talento, tienen toda la intensidad y emoción de verdadera comedia fina y elegante. Los mismos chistes no desentonan del ambiente ni del carácter selecto de los personajes. En cuanto a la música, es un acierto indiscutible del maestro Pepe Forns. Era muy difícil sujetar el ambiente a través de una partitura tan copiosa, y, sin embargo, él ha logrado unificar el estilo. Al lado de frívolos y perfilados números de público hay una honrada labor de compositor, que en cada momento refleja sobre el

pentagrama la acción que se desarrolla eu la escena. Y esos números serios y de importancia están tratados con extraordinario dominio técnico y exquisito buen gusto. La organización y las disposiciones orquestales son dignas de la pluma del culto maestro y prestan su atractivo de modernidad, y en cuanto a las inspiradas melodías que fluyen en toda la partitura. Fué un triunfo definitivo para el maestro Forns y un magnífico avance en su prestigio de autor dramático.»

—

El Imparcial. «El joven maestró José Forns, quien, por cierto, no prodiga su labor en estos tiempos en que tan febrilmente se vive en el teatro, nos dió a conocer ayer tarde en Maravillas su partitura más considerable, tanto por su extensión como por su calidad. La copiosa partitura de «La Veneciana» tiene páginas muy inspiradas, tales como la romanza de barítono y el duo del acto segundo, y trozos tan frescos y espontáneos como el brindis del Sr. Murcia en el «cabaret», que se nos antoja el mejor, con ser el de más modestas pretensiones. El libro de «La Veneciana, original de Antonio Paso (hijo), seguramente por indicaciones del compositor, se ajusta tambié al patrón fijo de las operetas; pero esto no quita nada a su interés y vistosidad. El diálogo, donde cabe el retruécano, los tiene del calibre de los de «Mi tía Javiera». Autores e intérpretes fueron muy aplaudidos.

—

El Sol. «Con la obra estrenada ayer tarde alcanzó el maestro Forns un triunfo indiscutible.

Ya en producciones anteriones había ido acusándose su personalidad artística eu términos que hicieron concebir lisonjeras esperanzas. En la partitura de «La Veneciana» ha convertido aquellas esperanzas en realidades de valores positivos. El libreto ideado por el señor paso (hijo), parece fruto de semilla vienesa; tan ponderadamente dispuesto lo encontramos. Es a manera de atrayente tapiz sobre el que se destacan paisajes pintorescos y contornos de figuras risueñas, en cuadros de bullicio y alegría, donde a menudo asoma la nota sentimental placentera, que nunca llega a formalizarse ceñuda. Toda la comedia es un canto a la ilusión y al amor, que tiene por asiento una góndola, por fondo los canales evocadores de aventuras fantasticas y por ambiente la romántica poesía de la ciudad dorada. Dos ó tres personajes cómicos que intervienen en la acción con sus oportunidades graciosas, las cuales fueron muy celebradas, prestan amenidad y viveza al diálogo. De la parte que corresponde al maestro ya hemos hecho especial mención. Sin embargo, justo es añadir que el Sr. Forns a sabido aprovechar todos los momentos que le brindaba el asunto para realizarlo con un trabajo fuerte y inspirado, de brillante instrumentación.»

—

Heraldo de Madrid. «La calificación de «comedia lírica» que los autores de «La veneciana», el Sr. Paso (hijo) y el maestro Forns han dado a su obra indica, desde luego, su nombre propósito decoroso, que, por lo general, está servido en la obra con voluntad y acierto.

Apresurémonos a declarar, en lo que hace

referencia al maestro Forns, que ayer obtuvo el éxito más considerable de su carrera artística; que «La veneciana» es uno de los intentos mas serios, más bellos y mejor logrados de implantación de comedia lírica en el repertorio español.

Y el maestro Forns lo ha acometido y realizado a plena conciencia, sin olvidar los sacrificios que ello exigía a su fácil maestría melódica. ¡Cuantas veces puede observarse en «La veneciana» que el músico, atento a algo más sustancial y artístico, al vasto conjunto armónico, ó la solidez de la línea melódica y al sentido de lo qye verdaderamente representa la comedia lírica, ha desdeñado el efectismo fácil y no se ha preocupado de aprovechar la ocasión de ganar el aplauso redondeando con un final de efecto los bellísimos trozos musicales tan abundantes en su partitura. Lejos de esto, recoge el motivo temático, lo estiriliza y lo desarrolla como comentario de la nación escénica; lo adapta como un subrayado lírico al dinamismo teatral, y en suma, en todo momento, consciente y acertado, hace de su partitura una magnífica página musical orientada hacia la modernidad de mejor tono. Todo ello con abundancia y riqueza de motivos bellísimos, con excelente seguridad de orquestación y con exquisito buen gusto. A quienes hayan seguido con atención inteligente la obra teatral del joven maestro no puede sorprenderles el gran éxito que obtuvo ayer. Su vasta cultura musical, el paso seguro con que ha ido avanzando a cada nuevo intento y la inspiración fértil de que ha dado siempre prueba eran augurios felices de este considerable

éxito con que ayer el público que llenó el teatro de Maravillas y que aplaudió la partitura íntegra con entusiasmo y obligó a repetir muchos números, le consagró como maestro. El éxito, como queda indicado, fué grande. «La veneciana» vivirá larga y próspera vida.»

—

La Voz. «La obra es una delicada comedia lírica, de matices románticos; y aunque siempre en ella se advierte al autor cómico, que es Antonio Paso (hijo), y hay momentos de franco desentono, en general interesa y a veces hasta conmueve. La música, de José Forns, inspirada llena de frases elegantes, magistralmente instrumentada, siempre dentro de la situación, tiene páginas de una extraordinaria belleza, que colocan al compositor en una plana envidiable. De estos números se repitieron varios, entre aplausos calurosos y unánimes. El éxito, pues, de Forns es indiscutible.»

Precio: 4 pesetas